

¿Chile en *crisis*?

Seminario organizado por el Movimiento Humanista Cristiano junto al Centro de Innovación Pública de la Universidad Santo Tomás y patrocinado por la Fundación Jaime Guzmán E. Santiago, 14 de julio de 2007.



¿Chile en *crisis*?

José Miguel Izquierdo S.

Carlos Frontaura R.

Carlos Larraín P.

Joaquín Lavín I.

Gonzalo Martner F.

Sergio Villalobos R.

Adolfo Zaldívar L.

FUNDACIÓN JAIME GUZMÁN E.

¿CRISIS EN CHILE?

I.S.B.N. 978-956-8329-04-4

Junio de 2008, Fundación Jaime Guzmán.
Inscripción N° 171.967

Derechos reservados. No está permitida la
reproducción total o parcial de esta obra.
Santiago de Chile.

Editado por EDITORIAL JGE LTDA.
Capullo 2240, Providencia. Santiago, Chile.

Impreso por Quebecor World Chile S.A.

Indice

PRESENTACIÓN

7 Miguel Flores V.

INTRODUCCIÓN

9 Roberto Mayorga L.

Primera Parte | CRISIS NACIONALES EN LA HISTORIA DE CHILE

17 Sergio Villalobos R.

Segunda Parte | PANEL ACADÉMICO *Comentarios a la exposición del profesor Sergio Villalobos*

35 Carlos Frontaura R.

43 José Miguel Izquierdo S.

Tercera Parte | PANEL POLÍTICO *Comentarios a la exposición del profesor Sergio Villalobos*

53 Gonzalo Martner F.

61 Joaquín Lavín I.

71 Adolfo Zaldívar L.

81 Carlos Larraín P.



Presentación

Miguel Flores V.

Director Ejecutivo Fundación Jaime Guzmán E.

En un país en el que, muchas veces, el debate se reduce a la querrela personal y de poca importancia, resulta alentador el haber logrado reunir a intelectuales, académicos y políticos, de diversas posiciones, para dialogar, con altura de miras y sin mayores urgencias, sobre la realidad nacional. Eso fue lo que ocurrió en el seminario convocado por el Movimiento Humanista Cristiano y el Centro de Innovación Pública de la Universidad Santo Tomás, con el patrocinio de la Fundación Jaime Guzmán. Bajo la pregunta sobre la existencia o no de una crisis en Chile y la conferencia inaugural del profesor Sergio Villalobos Rivera –Premio Nacional de Historia– se llevó a cabo un interesante y profundo debate entre siete panelistas. Ahí expusieron sus visiones los profesores Joaquín Fermandois, José Miguel Izquierdo y Carlos Frontaura, y los dirigentes políticos Joaquín Lavín, Gonzalo Martner, Adolfo Zaldívar y Carlos Larraín.

Este libro es fruto de ese seminario y contiene, en forma íntegra, todas las intervenciones que ahí se produjeron. Quizás el concepto que mejor las resume es aquel que dio el profesor Villalobos al preguntarse sobre lo que daba solidez a un país. Citando a Ortega y Gasset decía que “lo que da solidez a las naciones, lo que hace de ellas grandes naciones, es la conciencia de una tarea en común”.

Frente a esta afirmación del gran filósofo español, el conferencista y los panelistas, desde distintos puntos de vista y con diferencias, a veces de matices y, a veces profundas, fueron capaces de reflexionar sobre la existencia o no de una crisis en Chile, sobre el grado de esa crisis y sobre las causas de la misma. Si hay un punto en común entre las exposiciones es, en mi criterio, el que todos pusieron énfasis, de uno u otro modo, en lo negativo que resulta para Chile el creciente individualismo de nuestra sociedad.

La pregunta sobre la crisis actual de nuestro país es, naturalmente, una cuestión abierta. Ni el seminario ni este libro buscan agotarla. Las dimensiones del problema, los enfoques y sus causas son muchos, y se entrelazan, entre otros, elementos históricos, filosóficos y políticos. Por su parte, si hacer el diagnóstico es complejo y requiere de más deliberación, encontrar el posible remedio no es una cuestión ni mágica, ni meramente empírica. El problema, al final, como en todo aquello que involucra al hombre, es moral y, por tanto, de solución compleja. Este libro, por ello, sólo busca contribuir a que el debate abierto por el seminario se prolongue a nuestra sociedad, de modo que la reflexión se enriquezca para construir un mejor país con “conciencia de una tarea en común” que está más allá de lo material y cuantitativo, que es, sobre todo, espiritual y trascendente.

Sólo me resta agradecer especialmente al sr. Roberto Mayorga, Presidente del Movimiento Humanista Cristiano, al sr. Benjamín Correa, Director del Centro de Innovación Pública de la Universidad Santo Tomás, a todos los panelistas y, en general, a todos quienes participaron de este seminario, por haber estado dispuestos a la aventura de pensar y mirar más allá de la contingencia.

Introducción

Roberto Mayorga L.

Presidente Movimiento Humanista Cristiano (MHC)

Amigas y amigos, quiero partir agradeciendo en nombre del Movimiento Humanista Cristiano (MHC) a la Universidad Santo Tomás y a Benjamín Correa, Director del Centro de Innovación Pública de esta casa de estudios, por el apoyo y organización de este seminario que hemos promovido.

El MHC observa síntomas claros de crisis en los más variados ámbitos del acontecer social; día a día se multiplica la falta de credibilidad en la política; hay una gran crisis de credibilidad en este país.

Las encuestas ponen en jaque la democracia representativa al dar cuenta que más de un 50% de los chilenos no nos identificamos con los conglomerados actuales. Se trata de un universo heterogéneo, autónomo, silenciado, que afecta a más de la mitad de la Nación y que según la mismas encuestas es mayoritariamente independiente y se sitúa en el centro político del abanico del país. Especialmente es grave el ausentismo de la juventud en la política; por eso nos alegramos de ver tantos jóvenes ahora, en este seminario.

Los líderes políticos han sido incapaces de superar el pasado traumático y ficticiamente continúan presos de una lógica de

“guerra fría”, de dictadura o democracia, de capitalismo o socialismo, de derechas o izquierdas, manipulando y distorsionando artificialmente el debate. El anquilosamiento de la Concertación, en el poder por casi dos décadas –con abierta intención de mantenerse en éste– da cuenta, cada vez con mayor claridad, de las dificultades reales de generar alternancia en el Gobierno. A la hora de enfrentar un acto eleccionario –que los pueda erradicar de la Moneda– no dudan en intervenir electoralmente, la verdad, de manera abierta. La corrupción, la calidad de la educación, la economía del conocimiento, la cultura, la regionalización, el crimen, la delincuencia y la inseguridad ciudadana, la concentración de la riqueza en unos pocos, en perjuicio de las grandes mayorías, se presentan como temas “crónicamente” pendientes. Los últimos meses del Gobierno, con desaciertos de todo orden en los más diferentes sectores, Transantiago, educacional, salud, seguridad ciudadana, energético, internacional, etc., son expresión de agotamiento e incapacidad para conducir al país, en otras palabras, de ingobernabilidad. Por otro lado, una Alianza por Chile que aspira a que los “decepcionados de la Concertación” se integren “automáticamente” a sus filas, no ha conseguido hasta ahora, interpretar los anhelos de esos ciudadanos y convocar a hombres, mujeres y jóvenes, con historias y filosofías distintas, pero con un sueño de país común.

Esa persistente falta de participación ciudadana en el proceso político, ya sea a través de partidos políticos, grupos de opinión o a nivel de inscripción en los registros electorales y posteriormente en actos eleccionarios, según lo demuestran todas las encuestas de opinión, configuran un cuadro de desafección ciudadana con el proceso democrático. La desconfianza generalizada de la ciudadanía respecto de la clase política y el sistema de partidos –base fundamental para el funcionamiento de una democracia– constituyen una señal muy clara y preocupante. La buena salud y vitalidad de la democracia chilena es más bien aparente, si se considera que más de la mitad de los chilenos no se sienten identificados con los actuales partidos políticos ni debidamente

representados en el Gobierno y Parlamento. Por otra parte, los medios de comunicación social parecen ignorar esta realidad y no abren ningún tipo de espacio a este “mundo silenciado”. En este cuadro, se hace urgente adoptar las medidas necesarias para que la democracia represente auténticamente las diferentes corrientes de opinión que existen en la sociedad.

En lo económico persisten sectores sometidos a la extrema pobreza, graves desigualdades sociales, una clase media endeudada, un país incapaz de crecer a tasas razonables, no obstante la potencialidad interna y el auspicioso contexto internacional.

En lo valórico y cultural se intenta imponer una dictadura del relativismo, contrapuesta a la cultura de la vida y a la ética de la responsabilidad. A su vez, la falta de coraje para dar testimonio en la acción política de los valores tradicionales de nuestra cultura cristiana, ha constituido, a nuestro entender, uno de los elementos claves que ha contribuido a alimentar la confusión moral e intelectual de nuestro tiempo y a caer en esa especie de dictadura del relativismo y del libertinaje que han trastocado crecientemente el orden natural de la vida, la sociedad y las cosas.

En el plano ético, la población está cada vez más defraudada frente a la corrupción, a la falta de responsabilidad y a la impunidad y observa impávida a quienes privilegian la conveniencia de sus grupos por sobre los altos intereses del Estado.

A lo anterior se suma una atmósfera de extrema inseguridad ante la incapacidad con que se enfrenta el crimen y la delincuencia.

En lo internacional, la ambigüedad y el hermetismo frente a la escalada intervencionista de algunas naciones han afectado la coherencia de nuestra política exterior.

El tema de la crisis no es sólo de naturaleza nacional, hoy día 14 de julio del 2007, día de Francia, nos permitiremos recordar el magnífico discurso de Sarkozy de abril último, quien, frente a la crisis, propone una nueva cosmovisión para volver a poner en igualdad derechos y

deberes, y reconquistar nociones vitales como los de nación, patria, autoridad, identidad y sobre todo virtudes morales. Los panelistas de este seminario sin duda se referirán al tema de la crisis moral en el país. ¿Qué nos dice Sarkozy? Sarkozy nos dice; “No me da miedo la palabra moral”, lo dice en Europa, “es una palabra que había desaparecido del vocabulario político”. “Se ha impuesto la idea de que todo vale; no hay ninguna diferencia entre el bien y el mal; entre lo verdadero y lo falso; han querido hacernos creer que el alumno vale tanto como el maestro y que la víctima menos que el delincuente; que no existe jerarquía de valores, que solamente existen derechos y no deberes”. Se ha degradado así el nivel moral de la política, se ha promovido un individualismo sin escrúpulos, el culto al rey dinero que ha allanado el camino a un modelo sin ética, a indemnizaciones millonarias de los altos ejecutivos, al abuso de ciertos empresarios, al triunfo del depredador sobre el emprendedor.

Del mismo modo, Sarkozy acusa a la izquierda de haberle tomado el gusto al poder por el poder, a los privilegios y prebendas; que ama tanto a la escuela pública que a sus hijos los envía a colegios particulares; que adora tanto a los barrios marginales pero que se cuida mucho de no vivir en ellos; que ha dejado de hablar de los trabajadores. Advierte que se ha favorecido un individualismo que incita a cada cual a no pensar más que en si mismos, y a no sentirse responsable por los problemas de su prójimo y de su patria.

Por las consideraciones anteriores, y a fin de discutir tanto en un plano académico como político los alcances de una crisis, hemos promovido este seminario, en la convicción de que es responsabilidad de todos asumirla.

En primer término, el profesor Sergio Villalobos hará una exposición sobre las “Crisis Nacionales en la Historia de Chile”, intentando ilustrarnos de sus características, elementos concurrentes, origen, desarrollo y consecuencias, a fin de que podamos descubrir si hoy vivimos un proceso de esa naturaleza.

A continuación, su ponencia será comentada por dos paneles. El primero, de carácter académico, integrado por los profesores Carlos Frontaura, Joaquín Fernandois y José Miguel Izquierdo y el segundo, de naturaleza política, compuesto por Gonzalo Martner, Joaquín Lavín, Adolfo Zaldívar y Carlos Larraín.



Primera Parte | CRISIS NACIONALES EN LA HISTORIA DE CHILE



Sergio Villalobos R.

Premio Nacional de Historia

Señor Benjamín Correa, representante de la Universidad Santo Tomás (UST), agradezco esta invitación que realmente me honra. señor Roberto Mayorga, representante del Movimiento Humanista Cristiano (MHC), también un agradecimiento por la confianza que me ha entregado tantas veces, pensando que la historia tiene algo que decir en los momentos actuales.

¿Hacemos bien en pedirle consejo a la historia?

La historia es más que discutible, tiene mil interpretaciones, depende de cada autor, de cada investigador, de cada persona que la lee y que puede sacar sus propias conclusiones.

Creo que es como consultar a la Pitonisa de Delfos, cuyas respuestas eran tan ambiguas, que se prestaban para cualquier interpretación. Pero no se puede prescindir del pasado, sigue viviendo en nosotros: nos muestra un camino hacia el futuro, por eso que siempre estamos pendientes de lo que dice la historia.

Pero ella, ¿puede hacer un real aporte al problema actual? ¿Es realmente válida para todos los tiempos? Creo que no.

La historia es una ciencia de lo particular, de acontecimientos

singulares, que ocurrieron una vez y no se repiten jamás. A pesar de estos aspectos que tienen los hechos históricos, aparecen ciertas características generales que se repiten en los distintos componentes que la conforman y ahí está la importancia que puede tener.

No hay modelo único de crisis. Son todas distintas, cada una varía con el tiempo. Pero hay ciertas características generales que se deben tener en cuenta.

Las crisis no son repentinas, sino que se gestan lentamente en procesos medianos en el tiempo. Cualquier crisis tiene un trasfondo de muchos años que son los que la explican. No pensemos que la crisis irrumpe violentamente, son procesos que culminan.

Un ejemplo es la crisis de 1810, que fue por el robustecimiento de una aristocracia, dueña de la tierra y de la riqueza, con influencia en el sector militar, culta, que leyó el pensamiento europeo del siglo XVIII y que por ello vivió un proceso de maduración y desarrollo.

La de 1920 surge por problemas económicos generados en el inicio del siglo XX, por el movimiento social con las tendencias no satisfechas y el desarrollo de la clase media. Se dijo que fue popular, pero fue una situación manejada por la clase media con un fin populista.

Las crisis duran varios años, no se resuelven momentáneamente. No pensemos que la crisis de 1810 se resolvió con la Primera Junta de Gobierno. Eso fue sólo el primer paso. Se desarrolló durante veinte años, en que las cosas se decantaron y parecieron volver a su cauce normal.

¿Cuánto duran las crisis?

La de 1920 duró hasta 1932, uniendo el trayecto político de Alessandri con el de Ibáñez que, aunque aparecen como figuras antagónicas, ellos representan una misma tendencia modernizadora, de justicia social, renovación moral, afirmación del régimen presidencial y del autoritarismo.

¿Todas duran lo mismo?

La de 1891 se inicia a mediados de 1890, en la pugna de Balmaceda con el Congreso. Derrotado Balmaceda en agosto de 1891, se suicida en septiembre. Sucede que rápidamente hay una reconciliación y regresan los exiliados políticos, que la revolución había marginado. A los 4 años el movimiento balmacedista ya está eligiendo diputados y a la brevedad está superada la crisis. Pero eran las características de una época específica. Fue un movimiento de los más altos sectores sociales, de una oligarquía dividida por concepciones políticas y de intereses, pero que tenía un mínimo de consenso sustancial para ponerse de acuerdo y continuar con la vida institucional y de toda índole.

Lo material, lo económico, ¿tiene importancia?

Tiene una importancia relativa, pero, ¿es tan importante la situación de la gente, el desarrollo, la economía? Hay un ejemplo muy bueno en la Revolución Francesa. El historiador francés Ernest Labrousse, estudió el precio del pan y los salarios durante la era pre-revolucionaria. Él tenía una interpretación marxista y concluía que la revolución se gestaba por las condiciones paupérrimas en que estaba el pueblo. Es cierto, indiscutible pero, ¿es ese el factor detonante de la revolución? ¿Cuántas veces antes hubo crisis económicas materiales y no hubo ninguna revolución?

El detonante estuvo en el pensamiento, en la mentalidad y en este caso también en la ideología. La ideología del Racionalismo, la Ilustración que buscaba la expresión del hombre común y corriente, a pesar del absolutismo monárquico. Se había infiltrado y había conciencia de nuevos derechos. También la Revolución Norteamericana influye y marca lo ideológico, de una manera que no está suficientemente resaltada. Estaba señalando un camino que llevaría a la democracia, a la participación de todos.

Tanto es así que a pesar de que en la Revolución Francesa vemos a los *Sans-culottes* en las calles con guadañas, horquetas y vestidos

con pantalones, pensamos que ahí estaba el sentido de la revolución. Y no es así, tras ello estaba una burguesía naciente, que quería nuevos derechos, que entraba en conflicto con la antigua nobleza, con la monarquía y la corte, y estaba siendo impulsada quizás con mecanismos no muy visibles.

Pero detrás estaba ese grupo que se quedaría con el poder. Entonces, la mentalidad es un factor determinante de las crisis.

Si estrechamos el marco a nuestro país, vemos que las crisis se producen de forma parecida. El movimiento de la Unidad Popular (UP) tenía un discurso popular pero, ¿es que había más pobreza que antes en 1970? ¿Cómo era en 1960, 1950? Es claro que había un desarrollo. No es que en 1970 hubiese más pobreza, al revés, la situación de los grupos sociales había mejorado, la economía se había desenvuelto, como consecuencia de la política iniciada por los gobiernos radicales. Se estaba en mejor situación, pero lo que está pesando ahí es el marxismo como doctrina sistemática y se acude entonces al pensamiento ideológico para denostar un sistema. Crea una sensación de caos, de una pobreza enorme y lleva adelante la cuestión política hasta el triunfo de la UP. Ahí hay una vigencia de pensamiento en los movimientos de crisis.

En los movimientos de crisis hay una mezcla entre lo nuevo y lo antiguo, no es que simplemente se impone lo nuevo, no es que se retrotraigan las cosas al sentido de lo anterior. Hay una amalgama, donde salen las soluciones y luego las culturas siguen su marcha, con lo nuevo adquirido y lo antiguo también.

La Revolución Francesa, ¿en qué desemboca la Revolución Francesa? En el Imperio de Napoleón, que fue más duro, más absoluto, más arbitrario que la monarquía. Porque el poder se basaba en el prestigio del General y lo diluye en el pueblo francés. Nunca la política fue más nacional, más nacionalista.

Bien se sabe que el emperador al final es derrotado por una coalición de naciones. Y después de Napoleón, ¿qué? ¿Llegó la república?

No, viene la Restauración. La antigua monarquía vuelve a su fuero y sigue una evolución muy curiosa. No aparece el republicanismo, aparece la monarquía de Luis Felipe que tiende a democratizar un poco la situación. Ello desemboca en el Imperio de Napoleón III, El Pequeño.

Entonces, no pensemos que las crisis abren paso total al futuro, lo hace moderadamente, paso a paso.

En Chile hay ejemplos. Después de 1810 viene en 1830 el Movimiento Portaliano, que implanta un régimen duro, con muchos atisbos del Despotismo Ilustrado de la Monarquía Española, con endurecimiento del poder del Estado en la figura del presidente.

El movimiento de 1891, gran crisis, yo creo que fue insignificante. Fue una breve interrupción a un trayecto que traía el país en el siglo XIX. Consistía en el ascenso de la burguesía, o grupos elitarios que adoptaban una nueva forma de vida individualista, que estaba en pleno desarrollo.

El presidente Balmaceda de una gran egolatría, pero gran figura, se opone a esta fuerza que se expresaba en el Congreso, en la crítica a los ministros, la interpelación, la censura y caída del gabinete.

Balmaceda se opone a ello y quiere seguir y resucitar el antiguo presidencialismo emanado de la tendencia portaliana. Deja un estilo de gobierno, una forma de hacer la cosa pública. Balmaceda quiere restablecer eso con su dura actitud personalista y genera el problema de la intervención electoral, en vistas a la próxima elección presidencial, y el Congreso reacciona de la forma natural que se esperaba.

Comienza a mediados de 1890 y termina en septiembre de 1891, luego, Balmaceda se quita la vida, ¿significó un gran cambio?

El Congreso recuperó sus atribuciones en la interpretación de la Constitución; no hay reforma constitucional, es una interpretación parlamentarista. Los presidentes son reducidos a meras figuras

decorativas, cosa que es un poquito discutible.

Pero se continúa con la misma política de Balmaceda, en las cuestiones monetarias, en la política bancaria, hasta en la construcción de ferrocarriles, que tanto se le criticaba al presidente y que ha sido uno de los factores en que se creía había despilfarro y captación de una mano de obra que se le quitaba a la agricultura.

Sin embargo, nunca se construyeron más ferrocarriles que en la época del parlamentarismo. También hubo difusión de la educación pública, construcción de obras públicas, escuelas públicas, gobernaciones, cárceles y puertos... siguió todo eso igual que antes.

Entonces uno dice, ¿hasta qué punto esta revolución trastornó las cosas? El que trastornó las cosas fue Balmaceda, con su obstinación, pero el gran proceso histórico sigue igual desde el año 1891. No todas las crisis dan resultados espectaculares, llamativos, esperanzadores.

Quizás más que las grandes crisis, lo que explica la historia son las constantes de nuestro trayecto nacional a la formación de una gran tradición republicana. A partir del movimiento de 1810 y en todas las vicisitudes políticas, se va construyendo una realidad republicana.

La soberanía que había sido de los reyes, pasa ahora al pueblo chileno y sobre esa base debe construirse una nación y abrirse un porvenir. En esto vemos diversos elementos.

El respeto a la ley ha sido una constante en nuestra historia, eventualmente ha habido olvidos, pero el gran trayecto es el respeto a la ley, heredado de la época colonial, donde todo funcionaba regularmente como emanación del poder monárquico respetado y admirado, porque es falso que todos los chilenos estaban contra la monarquía.

Este respeto a la ley se mantiene durante todos los gobiernos:

la Primera Junta, Segunda Junta de Gobierno y Primer Congreso Nacional, entre otros. Incluso hasta los gobiernos de los denominados directores supremos O'Higgins y Freire. A pesar de tener un poder discrecional, tenían un gran respeto por la ley y querían que ésta prevaleciera.

El respeto a la ley ha tenido caídas, y algunas bastante feas, pero sigue viviendo en la conciencia del pueblo chileno y nadie dejará de pensar que las formas de organización, la juricidad, son elementos indispensables. Es una historia en que ha habido más convivencia que conflicto. Esto se debe a la gran uniformidad de la sociedad chilena, mestiza en todos sus grados, una unidad cultural, una vivencia de las cosas en común.

El aristócrata más pintado tenía sus costumbres populares, se vestía de poncho, montaba a caballo, convivía en las fiestas. Las grandes diferencias sociales no han existido. Comparémoslo con el Perú, México y Argentina. Con los grupos ganaderos y políticos de la ciudad de Buenos Aires.

Nosotros hemos tenido una pobreza general en la que hemos vivido toda la vida, que ha frenado la aventura, la imaginación, el derroche innecesario. Es una historia evolutiva, de entenderse, de conversar en la vivencia diaria, en los círculos políticos y gubernativos.

Evolución, negar la revolución, el trastorno. El querer operar dentro de ciertas normas es otra constante. Para qué compararnos con la historia de Bolivia o del Perú, de Colombia o Venezuela, o de México inclusive que no tienen la continuidad de un quehacer político basado en las instituciones.

Nuestros gobernantes y funcionarios han sido históricamente honestos y dedicados a su labor. Existen ejemplos extraordinarios. En el gobierno de Freire, se designa como Ministro de Hacienda a Pedro Nolasco Mena, hombre de negocios que tenía vinculaciones con el Estado. Pedro Nolasco Mena, le escribía una carta a Freire rogándole que no lo nombrase Ministro de Hacienda, porque no

tenía aptitud ni conocimientos suficientes. Le insisten dos veces y, por último, Freire, molesto, le exige que asuma el Ministerio de Hacienda.

Don José Tomás Ovalle, de la misma época (1830), Vicepresidente de la República, renuncia porque está aburrido, no entiende la política y da como razón que tiene que ir a Quilicura a rehacer su quinta que fue destruida por el terremoto último. Fíjense en el argumento que da, es para sacarse los tiros de encima, naturalmente.

El mismo Portales con su autoritarismo, no tenía ningún apego al poder. En una carta dice que fue para poner orden en el país y cuando pudo renunció al ministerio. Después volvería.

Don Aníbal Pinto, a quien le tocó gobernar durante la Guerra del Pacífico, cuando el presupuesto fue aumentado extraordinariamente por el gasto bélico, se manejó de la manera más honesta. Al terminar su período presidencial se retiró a su casa en el barrio Toesca para vivir con toda modestia. Don Ignacio Domeyko, rector de la Universidad de Chile, fue hasta su casa el mismo día que había dejado el poder. Tocó a la puerta y cual no sería su sorpresa al recibirlo el propio Aníbal Pinto, que no tenía una empleada ni un ujier para abrir la puerta. Bajaba del poder a la medianía y los amigos tuvieron que ayudarlo para pagar deudas contraídas durante su mandato.

Así eran nuestros presidentes y a su semejanza el resto de las autoridades y funcionarios. No existían el escándalo ni el despilfarro.

El patriotismo ha sido otro elemento en nuestra historia, el sentir la causa común, la adhesión a la patria, la tierra de los padres, en que el país cuando se vio en conflicto, se lució perfectamente. En la Guerra del Pacífico, el país vence porque es ordenado, porque tiene instituciones, con una economía sólida en expansión, porque la gente siente el patriotismo y acude a la defensa del país, incluso a dar la vida. Ese era el Chile de antes.

En fin, ¿qué es lo que da solidez a un país? Se puede debatir mucho en antropología, ciencia política, sociología, en todo. Me quedo con una frase de Ortega y Gasset: “Lo que da solidez a las naciones, lo que hace de ellas grandes naciones, es la conciencia de una tarea en común”. Estamos en lo mismo y todos estamos dedicados a ello y nos sacrificamos por ello. De ahí surge la “virtud republicana”, concepto que viene de la antigua Roma.

Antes existía la virtud del monarca, que era detentador de la soberanía por concesión de la divinidad. Eran monarquías de origen divino (la francesa, la española). Los monarcas eran suficientes en sus determinaciones. Faltando el monarca debe haber otra virtud, esa es la virtud republicana: apego a una institucionalidad, respeto por la persona, los derechos humanos, los derechos de todos, la honradez en el manejo de los recursos del Estado. No hay república sin virtud republicana, y de ahí deduzco que uno de los principales problemas de las crisis que estamos viviendo es la ausencia de la virtud republicana.

Vamos a la crisis de hoy. Creo que hay una crisis general de valores. La sociedad entera ha prescindido de valores antiguos sin cambiarlos por unos nuevos. La crisis comienza con la vida familiar. ¿Cómo se maneja un hogar? ¿Cuál es el papel de los padres? ¿Dónde se encuentran los hijos?

A cada rato vemos en la televisión a los padres sorprendidos porque el hijo atropelló a alguien, porque mató al otro, porque cometió cualquier delito.

Es que no hay manejo de los hijos. Es que la vida hogareña ha caído, está desintegrada. Entonces el problema de nuestros días no solamente es de quienes nos dirigen, en el grado que sea, sino que de la generalidad de la población.

Los deberes con la comunidad, ¿quién los siente? ¿Quién los aprecia? o solamente hay egoísmo o una lucha desenfundada por los bienes materiales. ¿Dónde está el patriotismo? ¿Dónde está

el nacionalismo? Se dirá que son ideas anticuadas en un mundo globalizado. Es cierto que el mundo se globaliza, pero es una constante de la historia, porque desde el hombre de Cromagnon hasta el día de hoy, hay un contacto, un desarrollo hacia una comprensión total.

El patriotismo. Uno dice, ¿qué eficacia tiene el patriotismo? ¿Nos disgusta con las otras naciones? Patriotismo es también una acentuación de los valores de lo propio. Una confianza en ello, un construir en función de todos nosotros. Es voluntad en común.

Fíjense en el patriotismo argentino, arrogante, desmesurado, pero caramba que ha sido eficaz para ir construyendo esa nación y el desarrollo de la Argentina. Pensemos en el patriotismo de los mexicanos, hasta en las pinturas murales, en todas las manifestaciones culturales está la conciencia de una vieja historia que sigue viviendo en ellos. No me digan que los mexicanos no son patriotas, lo son en extremo.

En Chile veo a un país sumido en un relativismo y permisividad. Todo discutible, nada es cierto, la moral natural pareciera no existir sino que se adapta a cualquier circunstancia, grupos, personas, actitudes, todo puede ser posible.

Todo está permitido, cualquier posibilidad está abierta, hasta los escándalos más grandes. Hay delincuencia y hay violencia. La delincuencia la vemos a cada momento, es el pan de cada día. Y todo manejado con una violencia como no existía antes. Hoy día se dispara, se mata sin más ni más.

Estas actitudes que nos embargan, se deben a la crisis general y a factores que son distractores. Vivimos en una permanente diversión: el *show*, el “carrete”, la farándula, la televisión. Ellos ofrecen en pantalla la estupidez humana que no crea nada, que destruye, pero que embarga a los chilenos.

Yo creo que en todas las casas hay un televisor encendido a alguna

hora del día y viendo esas cosas. Los espectáculos, festivales, canciones, cantantes convertidos en héroes. Hasta las estupideces más grandes de los actores, de las actrices y de los cantantes se ventilan, como grandes novedades que concitan el interés de la gente más joven y de la gente de menor cultura.

Debo confesar que hasta el fútbol –supongo que hay aquí por casualidad algún aficionado al fútbol– es un espectáculo denigrante, que atrae a las masas, cuyo sentido se ha convertido en algo realmente englobador del pensamiento de la sociedad.

El fútbol como distracción encierra los mayores vicios, los mayores problemas los encontramos en quienes cultivan el deporte. El principio de "mens sana in corpore sano" no pasa de ser una falsedad.

El consumismo. El consumismo, nos preocupa, nos invade, nos atrae, sea en los sectores de arriba o en los de abajo. El nuevo automóvil cuyas ventajas son exaltadas por las empresas que los venden.

La casa de veraneo, los centros de la cordillera, del mar, que ofrecen tantos atractivos. El veraneo largo y las vacaciones de fin de semana nos preocupan, nos preocupa a todos, esa es la verdad.

Este consumismo se transforma en preocupación fundamental, que nos distrae de los problemas sociales, de los problemas del país. Hace el efecto del opio, nos adormece y en los sectores bajos también. Basta mirar un *mall* de los suburbios de Santiago para ver como gente muy modesta concurre a ellos. Basta ver los McDonalds que atraen al hombre modesto. No diría que al obrero común y corriente, sino al obrero especializado, al técnico de bajo nivel. Gente pobrísima tiene automóvil.

El cuadro político general es un problema mayor. Vivimos dos traumas. El trauma de la UP y el trauma del gobierno militar, situaciones que han polarizado a Chile en forma terrible en determinados momentos y que no han desaparecido, están

explotadas por debajo, se sigue pensando en ellas, no voy a dar ejemplos.

Por otra parte, la pequeña lucha partidista, individual en los partidos políticos, los de gobierno y de oposición. Me parece grave, especialmente en los de oposición, donde debería haber una mayor responsabilidad pensando en el destino del país. Esa lucha partidista de grupos, de un partido contra otro, de las individualidades de los políticos; donde la sospecha y la zancadilla están a la orden del día. Es un espectáculo denigrante.

El país tendría derecho a pedir mucho más a los políticos de oposición, y no ver como pelean, que hay declaraciones tajantes de unos contra otros. Al día siguiente se ponen bien y viene una declaración de componenda. Se reúnen las directivas de los partidos, se dan explicaciones, satisfacciones, esto lo vemos continuamente desde hace ya años. Es un espectáculo que los observadores callan, pero que en el fondo va minando la buena voluntad del hombre común y corriente. No hay confianza en el quehacer político de ningún lado. Los observadores que callan son la mayoría del país.

La crisis de hoy descansa en gran parte en la política oficial. Primero, comenzando por la dignidad de quienes gobiernan, ¿quiénes son?, ¿de dónde han salido?, ¿qué antecedentes tienen?, ¿tienen antecedentes políticos?, ¿han tenido realizaciones en su vida?, ¿o son sólo figuras improvisadas? Creo que las respuestas negativas son las que corresponden ¿Tienen capacidad de inspirar respeto?, ¿hay una dignidad que brote de la personalidad misma del gobernante?, ¿por qué se les falta el respeto? El respeto no sólo nace en el corazón del ciudadano, sino también en la actitud de quien desempeña el poder. La buena categoría falta en todo: en la forma de hablar, en los ademanes, las decisiones que se toman y las actitudes.

Voy a referirme a un dato histórico. Durante el gobierno de don Manuel Montt, en una ocasión el presidente marchó por la calle, a pie por la vereda, seguramente con un par de guardias. Montt era

la figura del magistrado, del hombre de derecho, del hombre recto, autoritario, todo lo que se quiera, pero un hombre que está en el puesto porque debe estar en ese sitio de la presidencia. Marchaba Montt por una vereda, digo, y en contra venía una manifestación política con gritos y ademanes contra el presidente y su gobierno. Y a medida que se acercaba esta manifestación, que no era muy grande, ya que en esa época todo era chico; a medida que se daban cuenta que el presidente venía en sentido contrario, todos fueron callándose y la manifestación pasó en el silencio más absoluto por el lado del mandatario y siguió. Ahí estaba la irradiación de la dignidad del cargo político y de la persona.

El gobierno actual, está sumido en determinaciones erróneas, equivocadas. El caso del Transantiago es patético y con un despilfarro en la inversión. Creo que US\$ 12 millones se gastaron en la empresa consultora que asesoró para la planificación de esto. ¿Qué se hizo la plata?, ¿quién la recibió?, ¿por qué?, ¿para qué? Ahora el caso reciente de entregarle dinero, es echar dinero a un barril sin fondo, porque el Transantiago no se va a financiar jamás. Los excedentes del cobre, que debieran invertirse y ahorrarse, se gastan para cubrir cualquier déficit o atender "necesidades urgentes".

El fenómeno más irritante es la corrupción en todo. Los casos se repiten y repiten. Se ha dicho que los chilenos hemos sabido *How to do*. La verdad es que *We don't know how to do*. El Transantiago, la pista del aeropuerto de Pudahuel mal estudiada, mal realizada, el puente de Loncomilla, el desfalco en una institución del deporte, etc.

Nuevas formas de demagogia perturban la vida nacional. Una de ellas es el indigenismo, un producto exótico traído de otras partes de América. El problema de la Araucanía es explotado por ciertos políticos, periodistas que necesitan el escándalo y la noticia sensacionalista. Explotado por los antropólogos que necesitan trabajo y, sin embargo, es en gran medida una falsedad.

Si pensamos que alrededor del 70% vive en ciudades, Santiago, Concepción, Temuco, resulta que el problema de la tierra no tiene fuerte gravitación, pero se le agita y en forma violenta.

Hace años, en el gobierno de Frei Ruiz Tagle, en una encuesta realizada por Mideplan a todas las comunidades o la gran mayoría de ellas, los resultados fueron sorprendentes. Las aspiraciones eran de índole social y económica en un 30%; en un porcentaje igual las relativas al orden. Solamente el 2% se relacionaba con el desarrollo de una cultura propia y un 15% con una presencia política propia dentro del Estado chileno.

No había conciencia de una cultura ancestral propia, ni necesidad de una forma especial de representación.

La razón de la carencia de determinadas formas propias, es porque en general están integrados en la vida nacional.

Son mestizos, igual que la inmensa masa de los chilenos y aspiran a vivir como ellos, con los mismos bienes, los mismo beneficios y participando profundamente en el ser nacional.

Sin embargo, hay antropólogos, sociólogos y políticos en busca de votos que alzan banderas de lucha que implican segregación y paternalismo.

Otra demagogia es el ecologismo. Uno entiende que haya ecología y que haya protección por ciertos bienes de la naturaleza, pero se pasa al abuso. Todos los habitantes locales, con o sin razón, se aferran al ecologismo para defender sus posiciones, sus derechos.

No se piensa que se detiene el progreso nacional por defender cualquier elemento de la naturaleza, por insignificante que sea.

Otra demagogia es el feminismo, entendiendo las cosas bien. Naturalmente hay un feminismo justificado, por tantos años de postergación, injusticia y todo lo demás; pero tomar el feminismo como bandera de lucha, exagerar el feminismo me parece una demagogia. Esto de 50% y 50% no pasa de ser una barbaridad. Son

las capacidades reales de la gente lo que hay que tomar en cuenta y no el sexo.

Hay indolencia y condescendencia. No se reacciona frente a los problemas, hay permisividad. Hasta el lenguaje es tergiversado para referirse a problemas crudos; las prostitutas no son tales son “trabajadoras del sexo”, los delincuentes y criminales son “antisociales”. Hace pocos días un alto funcionario de gobierno fue a entrevistarse con el presidente de la Corte Suprema por los “casos complejos” existentes en la justicia.

Con ese eufemismo se hacía referencia a la discutible actuación de los jueces de garantía, a la ausencia de lógica y moral para administrar justicia. Pero, dentro de la situación cabe responsabilidad a los tribunales superiores encargados de la recta administración de justicia y la obligación de velar por la conducta ministerial de los jueces.

Es indudable que hay lenidad y que, al menos, a los tribunales correspondería hacer presente al gobierno y a la opinión pública la gravedad de las leyes permisivas llevadas al extremo de favorecer al delincuente y no a la víctima. Virtualmente se ha llegado a la denegación de justicia, un concepto clave que debería preocupar a juristas y gobernantes.

En el cuadro lamentable que he bosquejado no podemos descargar la responsabilidad sólo en algunos. Creo que todos somos responsables. Es una materia de conciencia de cada uno, en la vida pública o privada, donde quiera que se esté.

Noto en el país una gran ausencia de figuras morales. En otro tiempo hubo personajes, no necesariamente políticos, que guiaban con su ejemplo y su palabra. Pero las grandes figuras morales no se crean artificialmente, ni por determinación de nadie, sencillamente surgen o no surgen. En este ambiente chato, decir lo que se piensa, alzar la voz, es de mal gusto. La chabacanería y el sarcasmo aplastan todo.

Creo que este seminario busca la necesidad de impulsar un movimiento moral para superar la crisis que nos ha invadido y que no derive en un abismo mayor.

Disculpen la intemperancia de mis palabras, que provienen de la historia, una disciplina que no habla sólo al cerebro, sino también al corazón. Muchas gracias.

Segunda Parte | PANEL ACADÉMICO



Carlos Frontaura R.

*Abogado, Secretario Académico Facultad de Derecho Pontificia
Universidad Católica de Chile, Investigador Fundación Jaime Guzmán E.*

Me parece que, después de lo expresado por el profesor Villalobos, podemos decir con propiedad que Chile está efectivamente en un proceso de crisis. En este sentido, creo que la causa de esa crisis es definitivamente de corte ético. Tiene que ver, fundamentalmente, con la ausencia de una concepción moral que dé sustento a la vida en comunidad y que oriente las acciones individuales y sociales, como también lo ha expresado el profesor Villalobos.

Esa ausencia de una concepción moral es, a mi juicio, consecuencia de una actitud intelectual que progresivamente se ha ido instalando en la mente de todos. Esa actitud intelectual es aquella que, como ha descrito S.S. Benedicto XVI, renuncia o, derechamente, niega la posibilidad de alcanzar razonablemente, verdades morales, objetivas y comunes a todos los hombres.

Ello, como consecuencia, genera una concepción del hombre, del ciudadano y de la república que se sustenta en una libertad desvinculada de la verdad y, por esto, ajena a la posibilidad de descubrir los bienes de la persona humana. Así, la libertad aparece divorciada de la responsabilidad y, únicamente, como un medio o instrumento que permite a cada uno construir, como quiera, al decir de *Rawls*, su plan de vida. Ello echa por tierra, entonces, la noción

de deberes de los ciudadanos y la concepción de bien común.

Esto se traduce en la existencia de una visión y una práctica –no la única, pero sí bastante predominante– sobre lo qué es la sociedad y cómo se deben asumir las tareas gubernativas.

Esta visión y práctica –que lamentablemente prima en quienes están en el poder– se sustenta en una concepción del hombre como un ser individual, desapegado de relaciones más o menos permanentes con los otros y que le generan obligaciones, deberes y responsabilidades.

La concepción antropológica a la que me refiero es aquella que identifica la libertad con la simple voluntad individual. Es lo que podríamos llamar la “libertad del querer”, que no está dispuesta a sujetarse a ningún tipo de limitación, salvo aquella que emana del propio arbitrio personal.

De este modo, se rechaza la existencia objetiva –y por tanto la búsqueda desprejuiciada– del bien, de la verdad o de la justicia. Por el contrario, hay tantos bienes, verdades o justicias como individuos componen la sociedad.

No hay nada que merezca, por tanto, un trato privilegiado. Nada que pueda considerarse como una virtud superior que debe ser protegida. Por eso se muestran como equivalentes, las distintas realidades de familia, las orientaciones sexuales, las diversas clases de uniones o matrimonios, el aceptar o no la eutanasia, el respetar o no las tradiciones patrias y los héroes nacionales.

Así, bajo las banderas de una supuesta libertad y tolerancia, se construye una sociedad de espaldas a la naturaleza humana: sin valores, sin familia, imponiendo desde el Estado una ideología que niega la trascendencia del hombre y su conexión con Dios.

Muchas veces pareciera que cada día se hace más real el famoso tango cuando señala:

“¡Hoy resulta que es lo mismo ser derecho que traidor!...

¡Ignorante, sabio o chorro, generoso o estafador!
¡Todo es igual!
¡Nada es mejor!
¡Lo mismo un burro
que un gran profesor! (...)
Es lo mismo el que labura
noche y día como un buey,
que el que vive de los otros,
que el que mata, que el que cura
o está fuera de la ley...”.

Esta ausencia de una concepción moral produce un segundo efecto de la mayor gravedad para la vida humana. Ese efecto radica en la noción de la seguridad como certeza; certeza de lo que son las cosas, de lo que podemos hacer con ellas y de que responderán a nuestros proyectos, y, por tanto, podremos dominar la pobreza, la muerte, la enfermedad, las guerras y todos los males. En fin, la certeza de que a través de la técnica el mal tendrá fin¹. En buenas cuentas, los males del mundo, principalmente, como un dato experimental.

Esta noción, como lo habría soñado Saint-Simon y más precisamente su discípulo Comte, ha llevado a sustituir la política por un conjunto de técnicas de gestión colectiva al servicio, precisamente, de la dominación del mundo y de la eliminación de todos los males. Estos no son ya un problema moral, sino solamente fáctico y, por tanto, sus soluciones no tienen que ver con el hombre y su naturaleza, sino que con el dato, con la hipótesis de hecho y con los instrumentos aplicados para resolverlo. El problema deja de ser moral y pasa a ser, únicamente, de incentivos y medios.

Parece que estuviéramos viendo recreada la famosa ciudad de

¹ Ver: Rivera Cruchaga, Jorge Eduardo. “Dios, ineludible en el orden práctico” en *Itinerarium cordis*. Brickle Ediciones, 2006, pp. 249 a 251.

Dickens en *Tiempos Modernos*, Coketown, en la cual gracias a la inspiración de Tomás Gradgrind, reinaba o al menos eso se creía, el orden positivo, la perfección de la política construida a partir de los hechos, donde “(...) cuanto no pudiera representarse con guarismos o comprarse a bajo precio para venderlo muy caro, era como si no existiese, ni debiese existir nunca, por los siglos de los siglos, amén”.

Para esta visión, como para el señor Gradgrind de la novela, los hechos “son lo único necesario en la vida” y, por tanto, lo importante es ser “un hombre práctico, hombre de hechos y de cálculo. Un hombre que sigue el principio de que dos y dos son cuatro (...) Con una regla, unas balanzas y la tabla de multiplicación siempre en el bolsillo, dispuesto a pesar y a medir cualquier parte de la naturaleza humana para expresar exactamente el resultado de sus investigaciones”.

Bajo esta concepción, la política, desligada de su profundo sentido ético y convertida únicamente en un conjunto de técnicas colectivas, pierde su norte y cae en el positivismo que conduce a la corrupción o a la frustración. Además, lo que es peor, como este positivismo es una respuesta falsa, tiende a pavimentar el camino a soluciones que escondidas bajo un supuesto reconocimiento técnico, ofrecen de todos modos soluciones éticas a los problemas de la vida en comunidad, sólo que ellas no se expresan ni se discuten.

Por esto, estas soluciones causan amargura, decepción y descomposición en el cuerpo social, ya que al final, aparecen como soluciones arbitrarias, impuestas desde arriba que no enfrentan la necesidad profunda que el hombre tiene de vivir tranquilo en comunidad, de ser reconocido como persona y de formar familias estables. Así, se acrecienta, día a día, la profunda crisis que nos aqueja.

Su Santidad el Papa Juan Pablo II nos señalaba frente a esta realidad en *Fides et Ratio*: “Que la razón misma, movida a indagar de forma unilateral sobre el hombre como sujeto, parece haber olvidado que

éste está también llamado a orientarse hacia una verdad que lo trasciende. Sin esta referencia, cada uno queda a merced del arbitrio y su condición de persona acaba por ser valorada con criterios pragmáticos basados esencialmente en el dato experimental, en el convencimiento erróneo de que todo debe ser dominado por la técnica”.

Desgraciadamente, esta visión cruza el espectro político y tienden a coincidir en ella liberales y socialdemócratas, produciendo la desesperanza de ver que “derechas” e “izquierdas” aparecen como mimetizadas, como prácticamente iguales. Se hace realidad aquel artefacto de Nicanor Parra, según el cual “la derecha y la izquierda unidas, jamás serán vencidas”.

De este modo, la ausencia de una concepción moral fundamental, se concreta, inevitablemente, en una agenda basada en el individualismo, en el relativismo moral y en el materialismo práctico. Esa agenda se sustenta en creer que las personas tienen “derecho” a todo lo que quieren, sin importar si lo que quieren es legítimo y justo, o no lo es. En la concepción de que todas las posiciones morales tienen el mismo valor y son igualmente respetables; y de que todo ha de juzgarse por la mayor o menor existencia de medios o bienes materiales para satisfacer las necesidades temporales del hombre.

Frente a esto, en todo caso, no debemos desesperarnos. Como señalaba Juan Pablo II, en su libro *Cruzando el umbral de la Esperanza*, “el mal no es ni fundamental ni definitivo: creer esto distingue al cristianismo tajantemente de cualquier forma de pesimismo existencial”.

Sin embargo, surge una pregunta natural: ¿cómo enfrentar esta crisis? Me parece que en este ámbito sólo queda un camino. Se trata de volver la mirada a una concepción antropológica que reconoce la dignidad trascendente del hombre.

En efecto, la única respuesta verdadera y permanente, que evita

el camino de la desilusión, de la frustración y de la ira –que es desgraciadamente la ruta que muchas veces acompaña a los períodos de crisis– es aquella que se funda en la concepción sobre la igual dignidad de todos los seres humanos. Sin embargo, ella sólo se justifica por el carácter de criaturas, por ser hechos a “imagen y semejanza de Dios”. Es decir, porque en todos los seres humanos, sin importar su origen, raza, condición o cualidades individuales, Dios está presente y “este es el atributo irrenunciable aún para el hombre sin atributos”².

Esta visión nutre una concepción del hombre como ser social, que no alcanza su perfección, su fin material ni espiritual, aislado de sus semejantes. Es un hombre que se vincula con otros formando familias y agrupaciones que le permitan desarrollarse, pero que al mismo tiempo le generan obligaciones, deberes y responsabilidades.

Esta visión antropológica se basa en una libertad que se funda en la razón y la voluntad –y por tanto– en la verdad y el bien, y no sólo en el querer o en las pasiones. Es lo que podríamos llamar la “libertad del ser” –como contrapartida a aquella que hemos llamado “libertad del querer”– de la cual forma parte central la noción de responsabilidad. Libertad, por tanto, que se practica reconociendo que existen límites que van más allá de la sola voluntad individual.

Bajo este criterio es la razón la que debe guiar nuestro actuar, es ella la que permite afirmar que es posible alcanzar la verdad, el bien y la justicia. Develarlas es el camino que debemos recorrer a través del diálogo, pero sin apartarnos de la premisa de que esta libertad ha de dirigirse hacia esta verdad objetiva y que nuestras acciones y leyes tienen que orientarse a su obtención. Esta visión es la que

² Rovira Belloso, Joseph María citado por González-Carvajal Santabárbara, Luis. “En defensa de los humillados y ofendidos. Los derechos humanos ante la fe cristiana”. Editorial Sal Terrae, Santander, 2005. p. 35.

permite respetar y comprender diversas realidades sociales, pero sin olvidar que el bien y lo justo deben ser protegidos y promovidos.

Por esto es que se pueden respetar, por ejemplo, distintas formas de relaciones afectivas, pero no diseñar las políticas públicas en orden a validarlas todas. Por el contrario, lo que se debe promover, precisamente, es la familia que se basa en el matrimonio ente un hombre y una mujer.

En esta antropología, la política puede recobrar su auténtica vocación que consiste en la búsqueda de la justicia y, por tanto, recuperar su dimensión ética. En esa búsqueda de una sociedad justa, del bien común, existirá evidentemente un espacio para la técnica. Pero ella, sus instrumentos y herramientas, estarán al servicio de una decisión que, en último término, es moral. Por eso esa búsqueda no se agotará, como hoy parece estarlo, en las “políticas públicas”, o en los “temas de la agenda” y “sus soluciones”.

Así, la política, que es la forma a través de la cual se busca la justicia en la sociedad para que las personas alcancen su perfección –y por tanto, la verdad y el bien–, dejará de ser un conejillo en manos de tecnócratas que permite el desarrollo de una supuesta neutralidad moral. Por el contrario, se convertirá en un auténtico medio de servicio público para la superación de la crisis.



José Miguel Izquierdo S.

Cientista Político, Director Área de Análisis Político, Instituto Libertad

Muchas gracias, quería celebrar esta oportunidad que tenemos de vincular el diálogo académico con la política, cosa que ocurre poco. No sé si los historiadores puedan contextualizarnos. Usualmente el diálogo genera conflictos, sino pregúntenle a Nicolás Eyzaguirre en el Consejo de Innovación, el problema que tienen los académicos con respecto a las políticas públicas. Puedo decirles que estoy muy contento, yo pensé que el público llegaban sólo al panel político, pero llegaron temprano, así que se agradece.

Básicamente yo me voy a centrar en la dimensión que el profesor Villalobos llamaba la mentalidad, lo que la gente siente, percibe, piensa y conoce sobre los políticos. Entonces, desde esa perspectiva voy a usar un modelo para identificar tres dimensiones, o ámbitos de crisis, utilizando fuentes secundarias, encuestas, pero también la perspectiva institucional de la política, que nos dice que las instituciones y los actores políticos, lo que buscan es modificar la conducta de los individuos. Si los individuos tienen problemas, entonces tenemos que ver las instituciones, hay una responsabilidad o un incentivo que ha provocado que las cosas sean así.

Por consiguiente, voy a empezar hablando de la crisis de la política en una dimensión de la mentalidad. En segundo lugar, sobre la

crisis del déficit de los beneficios de los individuos en la acción política y la acción gubernamental, es decir, la dimensión material de que hablaba el profesor Villalobos, y en tercer término, ver algo sobre la crisis de la legitimidad institucional, que nos sitúa más en un ámbito global, ya que nos han pedido que también viéramos dimensiones internacionales. Finalmente veremos cómo el Estado está fomentando estos problemas.

Lo primero es la dimensión de la mentalidad, es mirar que la política es entendida o es absorbida por los individuos en torno a tres valores, contextualizada a tres valores que están dominando la manera en que los individuos interpretan el proceso político. El primero de ellos es la *corruptibilidad*. Hay una pregunta muy tajante y taxativa en el barómetro, aplicada durante seis encuestas que dice que si los funcionarios públicos fueran 100, ¿cuántos de ellos son corruptos? Uno podrá hacer sus especulaciones, pero la media de respuesta para Chile es del 48%, es decir, las personas creen que cerca de la mayoría de quienes se encuentran en la cuestión pública son susceptibles de ser corrompidos. La media latinoamericana fluctuaba entre el 52% y el 57%, estamos por debajo pero ello no nos deja fuera de estas sociedades donde se comparte esta percepción de que lo político es corruptible.

Ahora, ¿porqué tiene relevancia ésto? Porque está presente en la mentalidad de las personas, la estructura "actitucional" de los individuos hacia la política; es esa corruptibilidad. Sin embargo, la corrupción, o los escándalos de corrupción, no determinan la intención de voto, es decir, el único mecanismo que tienen los ciudadanos para castigar o exigir la responsabilidad política, no está determinado, no es explicado por este tipo de problemas.

El segundo valor que surge con fuerza es el nivel de *conflictividad* en el ejercicio, en el proceso político. Esto surge de una pregunta donde se plantea a los individuos, en las dos coaliciones políticas, ¿cuál es la característica que mejor representa a esas coaliciones? En ambas surge como primera el conflicto político; hay que señalar que en la Alianza por Chile es dominante respecto de la Concertación.

Y el tercer valor que tiene absorba la mente de los individuos en la relación con la política es que los políticos se preocupan más del *pasado que del futuro*; no hay proyección y los individuos saben, sienten a la política anclada en problemas del pasado.

Ahora detrás de estos tres conceptos que absorben a la política, la corrupción, el conflicto y el anclaje en el pasado, lo que subyace por detrás es la ineficacia muy patente. Las instituciones políticas y la política sólo son percibidas por los individuos a través de los medios. La política es para las personas una realidad mediatizada, no tienen contacto directo con la vida cotidiana, los individuos no viven con lo público, sino que se relacionan con las instituciones a través de estos medios. Pero eso, esa dimensión arroja una imagen de ineficacia muy brutal. A pesar de eso, y aquí entramos al punto de los beneficios producidos por el modelo, del sistema; porque a pesar de lo expuesto, en la década del 90 al 2000, en Chile, la adhesión a la democracia se ha mantenido estable y ha ido creciendo y hemos pasado del 52% de personas que dicen que la democracia es preferible en todo momento a un 59% hoy día. Pero aún así, hay un 41% de personas que dicen "me da lo mismo" o prefieren en alguna medida, en ciertos momentos, sistemas autoritarios. Aún así, ha disminuido de un 48% de personas con mentalidad autoritaria, o eventualmente autoritaria, a un 41%.

Pero, a pesar de esa estabilidad en la adhesión a la democracia, el sistema o el tipo de beneficios que se generan está creando una presión o una demanda por mayor igualdad en el ingreso; por lo que se entiende como distribución del ingreso, que es preocupante, que no podemos dejar de lado ni dejar de observar. Si en 1990 el 18% de los chilenos decía que el ingreso debe ser más igualitario, versus un 22% que nos decía que el ingreso debe ser entendido como un incentivo a mejorar, hoy día tenemos que un 34% cree que el ingreso debe ser más igualitario versus un 8% que se sitúa en la otra opción, esto es, de que el ingreso debe ser un incentivo para mejorar. Es decir, la presión social por una mayor igualdad en el ingreso es una demanda que los políticos, la clase política,

las instituciones, no pueden dejar de considerar al momento de pensar en políticas públicas, lo que el profesor Villalobos señalaba como “la causa por la cual luchar”, que es el salto al desarrollo. ¿Por qué digo esto? Porque si Chile llegara al desarrollo con un GINI –coeficiente que mide la desigualdad social– del 0,53 ó 0,57 nos convertiríamos en una irregularidad estadística. No existen países que hayan alcanzado el umbral del desarrollo con el nivel de desigualdad de ingreso que nosotros tenemos, por lo tanto, este punto que es crucial a la hora de hablar de estas metas, no puede estar ajeno del debate.

Yo les decía que otro aspecto se refiere a la crisis de legitimidad. Básicamente uno de los factores que más nos preocupan es el tipo de padrón que construimos, el padrón electoral que estamos construyendo. Nosotros tenemos un padrón electoral estancado en ocho millones de votantes más o menos y están entrando tantos como los que se mueren. Los individuos que se mueren son equivalentes a los individuos que comienzan a entrar. Ahora esos individuos que comienzan a entrar al padrón electoral, como nuevos electores, están entrando también en un ciclo vital muy determinado, alrededor de los 35 años. Esto nos lleva a un análisis de la actitud que los jóvenes tienen hacia la política, fundamental porque estamos pensando en individuos que finalmente van a ejercer en la vida pública, pero con una noción muy temprana de ineficacia y desafección muy notable. En el año 89, cuando se creó el primer padrón, 1 de cada 10 jóvenes, estamos hablando entre 18 y 24 años, no se sintió motivado para votar. Es decir, un 10% de esos jóvenes se quedó fuera al momento de votar por el sí y el no. Hoy en día tenemos que uno de cada cinco jóvenes, es decir el 20%, se inscribe para votar, la relación se invierte completamente. Eso se debe a una forma de hacer política que demora las soluciones. De esos jóvenes, de las personas que no están inscritas para votar, más de la mitad nos dice que está dispuesto a inscribirse, que quiere inscribirse. Cuando le preguntamos qué razón tiene usted para no hacerlo, nos indican que es muy difícil hacer el trámite y asimismo, que el registro electoral cierra antes de tiempo. Esto es

muy pronto después de los procesos de movilización que son las campañas. Esto es una idiotez no les parece, es decir, queremos movilizar con campañas y queremos que la gente se inscriba pero lo cerramos antes, no sé, Chile se demora mucho en generar ese tipo de soluciones.

Ahora les decía yo que quería ver también de qué forma el Estado o la estructura institucional fomenta estas percepciones. Existe una alta percepción de que los beneficios públicos son entregados e informados en tiempos electorales. Y efectivamente, lamentablemente no les puedo mostrar los gráficos, sí les puedo citar la fuente, el *CIPPEC Christian Gruenberg*, del año 2006, que analiza como en la elección del año 1999 el gasto público se concentró entre los meses de septiembre y diciembre; pasando de una media de 6.000 a una de 27.000 millones de pesos. Asimismo, el gasto en publicidad del Estado para el año 1999 tiene una media y luego se dispara, no me puedo centrar mucho en estos gráficos que muestran la evidencia de cómo se gasta. El gasto público se concentra y la transmisión de generación de beneficios se concentra en épocas electorales. Ustedes dirán es lícito, no es tan lícito, porque las preferencias electorales están mediatizadas como les decía antes. Es decir, la percepción o la idea inmediata que se tiene antes de la elección de que el Estado está entregando beneficios, puede estar manipulada por el ejercicio de la propaganda que es financiada por todos, así que no es muy lícito, la gente percibe esta situación. Ahora este tipo de fenómenos no es propio de Chile solamente, ya que es lo mismo que pasó con Fujimori en el Perú y Duhalde en Argentina, por ejemplo.

También sucede que el “avisaje”, que no es todo pagado, ya que también existen medios de comunicación que son del gobierno y que se utilizan ideológicamente, o quizás no sea tan riguroso el concepto; pero sí se utilizan como *La Nación*. Nosotros hicimos un estudio sobre los titulares del diario *La Nación*; comparándolo en épocas de normalidad, no campaña y campaña. Comprobamos que en épocas de normalidad el 45% de los titulares de *La Nación*

se orientan a apoyar políticas de gobierno o denominados en la categoría “apoyo al gobierno”. En épocas de campaña, el 43% de los titulares se orienta a denostar al candidato opositor al gobierno y las dimensiones utilizadas por el diario *La Nación*, sobretodo las que más resaltaron fueron:

- 1) La orientación del conflicto de la coalición opositora.
- 2) El encuadre de la coalición opositora como “conservadora”.
- 3) Resulta que el candidato opositor tiene una “debilidad empresarial importante” y se dedica a mostrar situaciones de subcontratación en LAN; en circunstancias en que también hoy día estamos viendo como el Estado en relación a los subcontratados, es el peor de todos.

Ahora, en relación a la transparencia como motor de cambio, como un valor transformador, algo que nos podría ayudar a aunar criterios y podría generar mucha mayor eficiencia y control sobre el gasto social, yo quiero decirles que en este ámbito de la transparencia, de una muestra de 10 países, Chile es el país que menos responde a las solicitudes de información pública. Es decir, si nos comparamos con Perú, Argentina que dejan sin responder alrededor del 30% ó 40% de las solicitudes que se hacen a los organismos públicos, nosotros dejamos sin responder el 70% de las solicitudes. Esto es más grave si uno piensa que la información se les niega no solamente al público sino que a los parlamentarios, que son los organismos fiscalizadores, los organismos que quieren información para legislar.

En el 2005, de 956 oficios, solicitando información a los distintos servicios públicos, se respondieron el 45% de ellos, el resto quedó sin respuesta. Afortunadamente el 2006 la cifra bajó, subiendo la cifra a un 51% los oficios que se respondieron, pero aún así el 49% de los oficios solicitados, aunque son bastante distintos, quedaron sin respuesta. Entonces, estamos efectivamente frente a un incentivo en la forma en que las instituciones y el Estado funcionan para generar estas situaciones de conflictividad, que influyen en la percepción de los individuos sobre la política.

No quiero decir que el Estado sea el exclusivo responsable. Hay causas más filosóficas, creencias, quizás morales pero yo estoy observando otra dimensión.

Entonces, como vemos, estamos ante una descapitalización social del individuo. Yo quiero decirles básicamente que los chilenos hemos hecho un trabajo muy notable y eficiente en destruir la dimensión social. La dimensión pública, la dimensión colectiva ha sido destruida y denostada en términos del valor consistentemente y también desde el Estado y no necesariamente después del 90. La proscripción de los partidos políticos, el situar a la clase política desterrada de la metrópoli, en Valparaíso, que es una desconcentración territorial que no es descentralización, es distinto, esas situaciones nosotros las hemos fomentado mucho.

Ahora, en lo que tiene que ver con transparencia y problemas de corruptibilidad –para entrar un poquito en eso– yo quería preguntarles algo: si su cónyuge, su marido, su mujer, su pareja, etc. se sometiera a una terapia siquiátrica y es carga suya, y usted tiene un seguro mejor que el de ella, ¿usted le pediría al siquiatra que le hiciera la boleta a usted para pasarlo por su nombre? No me queda tiempo para mostrar evidencia de cuán poco nosotros confiamos en los demás. La noción de que uno de nosotros, un igual, está dispuesto a aprovecharse del otro, en ese tipo de preguntas, se arriba a la aseveración de que “los demás se van a aprovechar de nosotros”, lo que constituye un 84% de las personas consultadas, lo que es lamentable, porque en países más desarrollados o desarrollados, no alcanzan el 30%. Tenemos ahí una falencia muy, muy notable. Creemos que hay que aprovecharse de los otros, que hay que cuidarse de los demás, ¡cuiden sus billeteras! A lo anterior, se suma también un doble estándar notable: nos decimos católicos el 70%, pero sólo el 12% va por lo menos una vez por semana a misa y cumple sus ritos.

Bueno a partir de esta observación, de estas ideas, quiero decir que evidentemente tenemos síntomas de crisis, en general esta adhesión a la democracia existe porque es lo que hay, pero si desapareciera

esa bonanza material, quizás nos veríamos enfrentados y polarizados más de la cuenta. Porque hay una crisis de confianza entre nosotros mismos y en el nivel de confianza que las coaliciones tienen adentro y entre ellas. En las áreas de la transparencia y del debate hay mucho que hacer y para eso necesitamos actores que sean capaces de poner valor en la agenda pública.

Lamentablemente, estamos viviendo un gobierno que está siendo muy ineficiente en el ejercicio del poder. A través del ejercicio de la imposición de valores en la agenda pública se orientan las preferencias individuales y muchas veces se desordenan dichas preferencias. Por eso, yo creo que la principal bandera que debiese abordar la clase política para la situación que estamos viviendo es la transparencia y la generación de eficiencia.

Tercera Parte | PANEL POLÍTICO



Gonzalo Martner F.

Ex Presidente Partido Socialista, Chile

Muy buenos días, quiero agradecer en primer lugar la invitación a este diálogo plural, amplio; soy testigo de que Carlos Larraín está por aquí porque llegó conmigo, pero dijo que tenía que hacer unas cosas, así que supongo que volverá.

Me interesó y acepté participar en este panel, porque creo que la invitación es a debatir acerca de algo que me parece esencial, no sólo los temas que podríamos llamar “la razón instrumental” de aquellas cuestiones que más o menos están en el debate político cotidiano; la vida política diaria, sino, si acaso hay o no en el país situaciones de crisis, no en esta dimensión instrumental, sino que en los valores, en aquello que da lugar a la convivencia colectiva. Creo al haber escuchado a los diversos expositores que esta instancia nos ha incitado a un debate sobre una pregunta esencial ¿estamos o no en situación de construir en Chile unos mínimos valores compartidos? Por lo menos desde mi punto de vista es la pregunta esencial.

Y quiero entonces hacer unos comentarios muy breves, respecto a las intervenciones que escuché y que de verdad me motivaron mucho. Respecto al profesor Villalobos, debo decir que no comparto prácticamente nada de lo que dijo pero me encanta como él hace

una reflexión. Hay allí una interpelación auténtica, honesta; si no lo ofende me encantaría poder denominarlo como un republicano auténtico de ideas más bien conservadoras. Desde mi punto de vista por lo menos sin ánimo de ofenderlo, pero me parece muy estimulante el recorrido que usted hace, de las situaciones que considera que deben ser dignas de alerta, de debate y de actitud.

Quiero hacer dos defensas, primero del fútbol, que creo que fue injustamente, por parte del profesor, calificado de manera un poco dura. Yo recuerdo un artículo de Vargas Llosa que se preguntaba, ¿por qué el fútbol suscita estas pasiones tan fuertes? Y hoy día globalmente. Probablemente para las personas comunes y corrientes está en poder identificarse con un contraste, de unos que juegan para un equipo y otros que juegan para otro y que quieren vencerse uno al otro. Pero el conjunto de reglas establecidas y de arbitrajes, es probablemente lo que genera esta adhesión a esta forma que no es de convivencia humana, sino de competencia humana sujeta a regulaciones claras. Creo que hay allí más allá de la pasión, más allá de la dimensión subjetiva, una justificación que yo creo que es positiva, de esto que usted llamó opio moderno que es esta adhesión a estas formas masivas de entretención.

Pero además, quiero hacer una defensa específica, me parece muy necesario, de la figura de la Presidenta de la República, quien dirige los destinos de Chile. Yo sé y he leído cartas previas y su postura no es de ahora, es de antes, era de la campaña y la respeto absolutamente. Pero creo que habría una equivocación profunda en no considerar que la actual Presidenta de la República –dicho sea de paso– yo digo ésto desde la posición de no tener ningún vínculo, de ninguna especie que no sean los de adhesión política con el gobierno, yo no ocupo cargo gubernamental alguno, lo mío es una adhesión personal y, por lo tanto, quiero decir que cuando usted decía que la presidenta no tendría la autoridad, la prestancia para ejercer el cargo, yo quiero decir todo lo contrario. Lo que pasa es que tiene un estilo, una prestancia, una autoridad distinta y que debemos –creo– saber apreciar en lo que vale. Es cierto que es un

modo de gobernar, que tiene un cierto contraste con el presidente Lagos, con quien sí tuve participación, fui su subsecretario de la presidencia. Evidentemente que hay allí un contraste. Pero convengamos que hay algo allí de crítica conservadora, en el buen sentido de la palabra, de una cierta resistencia a lo nuevo, y hay un nuevo modo creo yo, que de alguna forma también representó en su momento Joaquín Lavín. Yo tengo muchas discrepancias con él, pero comparto la búsqueda de innovar que él ha tenido y que creo que hay que recalcar en el modo, en el estilo y en lo que créanme existe en nuestra Presidenta de la República que es su muy fuerte carácter. Una mujer que ha sido capaz en su vida de sobrellevar tan positivamente y tan abiertamente las difíciles circunstancias que le tocó vivir y le permite hoy día ser alguien, que creo que logra unir a Chile antes que desunirlo, es un logro muy importante.

Dicho lo cual, quisiera referirme también a las otras intervenciones; me distancia profundamente desde todo punto de vista, las maneras de “aparearse” de Frontaura como Fermendois.

Decía Frontaura que había que buscar un diálogo republicano, pero agrega él con la búsqueda de la verdad objetiva, la distinción entre lo bueno y lo justo; la proposición de que nos situamos en un terreno cultural y político que no es el que él representa, es el de aceptar el desafío absolutamente. Sólo que con una afirmación: no existe una sola verdad, la verdad objetiva no existe, existen distintas verdades, todas ellas muy respetables, en tanto y cuando, y ahí hacemos la conexión. Creo que el que podamos hacer estas reflexiones sirve para hacer distinciones acerca del bien y el mal, acerca de lo justo e injusto, y hay de ciertas cuestiones relativas a las verdades de cada cual, de las historias de cada cual, de los enfoques de cada cual.

Hay ciertas mínimas verdades que debemos proponernos construir en conjunto. Ahora estos son procesos, son trabajos y yo tomo este diálogo como parte de eso, y tomo la invitación, reacciono, precisamente porque creo que hay que seguir construyéndolo.

Y permítanme entonces concluir, porque los tiempos son breves

y hay que dejar paso a los otros comentarios. Repito este tema de crisis o no crisis en lo político o en otros ámbitos. Si uno toma la palabra crisis, como una cierta acepción de circunstancias de ruptura, inestabilidad, situaciones en donde lo que existe está cerca de derrumbarse. Si uno toma esa connotación de la palabra crisis, yo diría que es bastante difícil caracterizar la situación chilena, como una situación de crisis, en cualquier ámbito del que se hable y creo que ese es el mérito de todas las fuerzas políticas chilenas. Pero creo hemos sabido conducir al país desde una crisis profunda y rotunda, precisamente en sus bases morales de convivencia, hacia un Estado de derecho imperfecto, una democracia imperfecta.

Pero hacia un tipo además de paz social, imperfecta, que nos permite decir “estamos legando un país que no es aquél que nos legaron nuestros padres”. Un país en el cual no hay desapariciones, no hay exilios, no hay torturas, hay legítimos debates como éste y eso es un inmenso progreso que lejos de una crisis, por el contrario, habla bien de la capacidad de Chile de evolucionar como se ha mencionado.

Pero, para que las cosas evolucionen bien, no hay que perder nunca el espíritu crítico. Está muy bien y por lo tanto quien tenga la legítima indignación frente a cualquier acto de corrupción, expréselo y dígalo, eso me parece bien, de eso se trata. Y entonces permítanme decirles que uno puede considerar –actualmente no avizoro francamente una situación de crisis política– hay tensiones políticas, hay escaramuzas naturales propias de la vida política. Mi impresión es que lo que tenemos una evolución en los distintos campos, en los dos campos principales: la Alianza por Chile, la Concertación por la Democracia. Con unos debates con evoluciones muy interesantes, muy positivas de las cuales muchos de los que estamos acá somos partícipes, pero no una situación de crisis, no hay crisis política en Chile.

Sabemos los chilenos lo que es una crisis política. No hay crisis económica, estamos creciendo a una tasa este año del orden del 6% al año, se están creando 200.000 empleos al año que es una cifra

muy, muy importante; y al mismo tiempo, en el plazo más largo, lo que hemos logrado es crecer a una tasa de crecimiento per-cápita de 4% al año que duplica la del régimen militar y de las experiencias democráticas previas. Eso significa que se ha duplicado la torta, y que el esfuerzo ahora es acelerar, pero que si no se lograra acelerar el 2025 a tasas de crecimiento per-cápita del 4%, Chile va a tener el nivel de vida de la España de hoy.

Sí creo que hay una crisis social y una crisis cultural, eso sí, en otra acepción de crisis. La crisis es aquella situación en la cual lo viejo no termina de morir y lo nuevo no termina de nacer, y en ese sentido tenemos una crisis social. Se ha descrito en varias de las intervenciones, yo digo en mi énfasis que hay una crisis de desigualdad intolerable. Tenemos unas ciudades, porque Chile ya es un país urbano más de 20 ciudades con más de 80.000 habitantes, tenemos unas ciudades que crecientemente se fracturan, se polarizan y generan problemas severos de convivencia. Tenemos grados mayores de delincuencia probablemente provocado por el incremento del consumo de drogas, profundamente destructivas, y podemos seguir armando una lista relativamente larga y preocupante de temas de la materia. Creo que a su vez no sé si está en condiciones de abordar esa situación, pero sobre todo, creo que tenemos una cierta crisis cultural.

Entonces yo quiero hacer una invitación, y con esto termino, a que respetando las verdades de otros, los puntos de vista de otros, yo quiero proponer, sugerir, en todo caso está por escrito en un libro que acabo de terminar, lo que pudieran ser las proposiciones del campo de la izquierda en Chile. Yo ando con una bufanda roja para que nadie se confunda, desde el ámbito de la izquierda con todas sus luces y sus sombras a las que yo pertenezco a mucha honra, quiero proponer que “el tema de los Derechos Humanos no debe ser un asunto de polémica política contingente”, sino tal como está formulado en la Declaración Universal del año 1948 o en los pactos posteriores de Derechos Económicos, Sociales y Culturales. Incorporaremos formalmente esos derechos en la Constitución porque

no lo están. Hagamos de esos derechos en su sentido jurídico estricto uno de los valores esenciales compartido por todos. Yo creo que están totalmente las condiciones para que eso ocurra. Y lo digo sin ánimo de polémica, yo lo digo para que podamos decirles a nuestros hijos “Chile tuvo crisis muy importantes, muchos fuimos actores y responsables de esas crisis, pero aprendimos la lección y queremos legar unos valores de la convivencia colectiva”.

Digamos al mismo tiempo que la democracia es la expresión institucional de la posibilidad que esos derechos, jurídicamente establecidos, tengan la capacidad de sobrevivir a las crisis políticas.

Y que haya un compromiso colectivo, de todo el espectro político, para que cualquier situación de confrontación sea resuelta por las vías de la democracia. Como decía Lincoln “los problemas de la democracia, se resuelven con más democracia” y no con golpes de Estado ni con insurrección, que fue la decisión equivocada que nosotros tuvimos en los 60.

Propongo también que establezcamos defensas comunes, de todos, de conceptos esenciales como la igualdad ante la ley; no porque alguien es candidato presidencial está al margen de la ley. Entonces tengamos un concepto en común, la igualdad ante la ley es esencial para la convivencia.

Pongámonos todos de acuerdo para tener un Estado probo; la señora de la audiencia que dijo que se están robando no sé qué. Créame señora que a mi, me provoca como el que más un dolor profundo, el que haya cualquier actitud, en cualquier ámbito de la vida pública de corrupción; pero convengamos que de 450.000 funcionarios públicos, que es más o menos la cifra que existe, no es posible, sería mentiroso por parte de una autoridad política decir, “yo voy a asegurar de que no exista un acto de corrupción”, porque eso no es cierto. Peor es aún cuando un Estado logra que no se hable, que no se conozca los hechos de corrupción, que desgraciadamente son consustanciales a la naturaleza humana, vean un poco la reciente historia pasada.

Cuando no se conocen casos de corrupción, es porque se están escondiendo, o porque está institucionalizado, o porque existe la capacidad de no hacerlos emerger. Y yo digo pongámonos todos de acuerdo para decir que no vamos a impedir la corrupción, pero sí que la vamos a combatir implacablemente y que nunca, nunca en ninguna circunstancia la vamos a justificar, eso sí podemos hacerlo y debemos hacerlo.

Y muy bien, ¿es tarea nuestra? No es cierto. En consecuencia está en su derecho, está absolutamente en su derecho y yo estoy ...no te preocupes no tengo ningún problema (*alguien del público le señala algo*). Lo que quería decir justamente es que, también propongo para esta suerte de consensos mínimos con que podamos compartir, que tratemos en general en la vida pública de tener diálogos inteligentes e ilustrados, salirnos de la pachotada, de la chirigota y de tirarnos cosas, especialmente en el diálogo político. En la televisión por ejemplo, donde se busca la fórmula, el segundo, en fin, hay un maestro aquí en la materia. Se lo digo cariñosamente, tiende a disminuir la capacidad de realizar diálogos inteligentes e ilustrados que son esenciales para que la vida democrática se cultive, se profundice y sea efectiva.

Por último, me referiré a temas que son de otro orden, que tienen que ver con temas que no son relativos al Estado, sino que a la convivencia a la que nos atañe a todos como individuos. Creo que hay un valor esencial que debemos proponernos entre todos cultivar, y por eso me gustó mucho la intervención del profesor Villalobos que es una suerte de compromiso con la consideración hacia los demás. En definitiva, muchas de las cosas que él planteó se resumen en este concepto, pérdida de la consideración hacia los demás, en la televisión, en la calle, en la actitud de uno o de otros actores en la vida colectiva, entonces se va perdiendo ese cimiento que nos permite vivir en común. Ustedes comprenderán entonces que lo que vamos teniendo es un postulado que consiste en la distinción que hace el gran sociólogo alemán Max Weber, de principios del siglo XX, en la que establecía en términos de diferenciar lo que el

llamaba *Ética de la Responsabilidad* de la *Ética de la Convicción*. Él decía que ambas eran dimensiones que él consideraba legítimas. En una conferencia de Max Weber en 1919, señala que aquí hay esencialmente que optar por la *Ética de la Responsabilidad* y relegar la *Ética de la Convicción*. Estas son frases que yo le he escuchado a personas de mi campo político, Edgardo Boeninger en su momento, también al actual presidente de mi partido, quien decía cuando había controversia “aquí hay que actuar con la *Ética de la Responsabilidad*”. Yo quiero invertir esa proposición y decir que hay que actuar con la *Ética de la Convicción*, porque la responsabilidad puede nacer sólo de la convicción. La responsabilidad que no tiene convicciones detrás, que no tiene valores detrás, no son sino un conjunto de modos de actuar en política que buscan imponer puntos de vista.

Cuando se dice “yo soy gobierno” y le pido a los ciudadanos y a mi coalición política, “usted debe actuar como yo le digo, porque usted tiene que tener un comportamiento responsable y basarse en la *Ética de la Responsabilidad*”, entonces se está destruyendo aquello que es esencial en la vida democrática. No hay verdades absolutas, lo cual no quiere decir que haya que defender ningún relativismo moral, por el contrario, creo esencial que la convivencia se sustente en principios morales compartidos, porque van a haber otros los cuales no podemos compartir. Entonces el punto es, revindiquemos entonces a estas alturas, la *Ética de la Convicción* y discutamos unos y otros en la sociedad, de acuerdo a las convicciones de cada cual. Creo que de ese modo podemos llegar a concluir, si esbozos de crisis pueden haber hoy día, en nuestra convivencia, si estamos en situación de darles una solución, en la voluntad colectiva de hacerlo; muchas gracias.

Joaquín Lavín I.

Ex candidato a la Presidencia de la República de Chile

Bueno, primero quiero agradecer la invitación. La verdad es que la quiero agradecer de manera muy especial porque siento que la Universidad Santo Tomás y el Movimiento Humanista Cristiano están preocupados de temas más de fondo, de valores, de ir mucho más allá de la pelea chica y de la guerrilla política de hoy en día. Sé que llegué un poco de rebote a este seminario porque en realidad el que tenía que venir era mi amigo Pablo Longueira, pero lamentablemente tuvo un problema personal y me pidió que lo reemplazara, pero lo hago con mucho gusto.

No pude escuchar las intervenciones anteriores, en especial la del profesor Sergio Villalobos. Gonzalo Martner decía que estaba en desacuerdo, yo al menos leí una minuta que el profesor nos mandó sobre el contenido de su exposición y quiero decir que siento que estoy bastante de acuerdo, al menos en la aproximación.

Lo primero que quiero decir respecto de la palabra crisis, es que no le tengamos miedo a las palabras. No sé si alguien lo ha dicho aquí, pero la palabra crisis en chino se escribe con dos caracteres: el carácter que significa problema, más el carácter que significa oportunidad. O sea la crisis es al mismo tiempo un problema y una oportunidad. En el caso de Chile, yo lo veo más como oportunidad

que como problema ¿en qué sentido? en que efectivamente, como dice Gonzalo, aquí no hay crisis como fractura profunda en la sociedad, ni ideológica, ni política, o sea de las grandes fracturas que tuvimos en el pasado. No estamos en presencia de esos traumas, al contrario, hay una sociedad civil más fuerte, cada vez más viva, que cada vez quiere participar más, llena de expresiones.

Tampoco hay crisis en términos económicos, en una perspectiva amplia, no estoy diciendo que la gente sienta que está bien, porque en realidad la gente no siente eso, al contrario siente que está mal pero, si uno lo piensa bien, más allá de cómo está la gente –que es lo importante– Chile está viviendo un momento económico estelar, o sea nunca había habido un precio del cobre tan grande, esa es la paradoja. Chile nunca había tenido tanta plata como ahora, entonces yo lo que veo en esta crisis, es más de oportunidad que de problema. Entonces, a mi juicio, lo que nos tiene que preocupar es, ¿por qué se instala en Chile una sensación de crisis? Cuando el país tiene todo para que le vaya fantástico y eso me da una respuesta, y es que estamos haciendo las cosas mal. No me refiero sólo a la desilusión con la política. Al respecto, por ejemplo, tengo la última encuesta CEP, la desilusión de la política es una cosa que venía hace tiempo y no es para nosotros ninguna sorpresa.

Pero, por ejemplo, es sorprendente que en un momento en que la economía está con un precio del cobre gigantesco, con más plata que nunca, el 44% de la gente dice que desapruueba el manejo que está teniendo el gobierno de la economía. Hay un dato que me llamó la atención. El CEP está preguntando la aprobación al presidente y al manejo económico. Hace dos años atrás, junio de 2005, el 55% de la gente aprobaba el manejo económico, en ese momento el precio del cobre era US\$ 1,70; hoy día el 34% de la gente aprueba el manejo económico y el precio del cobre es más del doble que eso, cerca de los US\$ 4. Entonces –yo digo– es casi récord, teniendo más plata que nunca, teniendo la situación económica que podría aprovecharse mejor que nunca, sin embargo, la gente siente que está peor que nunca. Realmente hay aquí un problema que yo lo

defino en lo siguiente: lo que hay en Chile es una crisis de gestión y una crisis de representatividad. En que sentido, primero una crisis de gestión, porque en el fondo tenemos todas las condiciones para que las cosas resultaran bien, pero sin embargo están resultando mal. Si no hubiera pasado por ejemplo el Transantiago, probablemente la gente no estaría pensando en la forma en que lo está. Yo, y en ese sentido concuerdo con Gonzalo, tengo la mejor impresión personal de la presidenta Bachelet como persona. Me tocó conocerla durante la campaña presidencial, la mejor impresión personal, entonces, por ejemplo, me sorprende que en la Encuesta CEP se le pregunta a la gente, ¿usted considera a la presidenta lejana o cercana? y la mayoría de la gente –más de 12 puntos de diferencia– la considera lejana, en circunstancias que no lo es, es cercana.

Pero que es lo que está detrás de todo esto. Lo que está detrás a mi juicio, es que la gente está profundamente molesta, profundamente enojada, carga contra la presidenta con cosas que a lo mejor también vienen desde atrás, porque esa es la verdad y profundamente enojada y profundamente molesta, porque las cosas se están haciendo mal. No sé, el Transantiago, no quiero ahondar en el tema porque no es el caso de este seminario, pero a mí me hizo mucha fuerza cuando Benito Baranda, que es una persona del *Hogar de Cristo*, totalmente apolítica, dijo en el diario *El Mercurio*, hace un par de meses atrás, que ésta es la humillación más grande que han sufrido los más pobres en Chile en muchos años. Entonces, la gente tiene razón para estar enojada. O el tema de la delincuencia, o sea, como es posible que el tema de la delincuencia, no sé, me acuerdo que en el año 99 cuando competía con Ricardo Lagos, la Encuesta CEP mostraba que el problema número 1 de los chilenos era la delincuencia. Han pasado 8 años prácticamente de eso y hoy día la encuesta CEP muestra que sigue siendo el problema número 1 de la gente. 50% de los encuestados se refieren a la delincuencia; obviamente la gente tiene derecho a estar molesta, porque efectivamente como puede ser que un problema esté tantos años como número 1 y no haya nadie que haya dicho “yo voy a tomar en serio esta cuestión” y lo voy a resolver de verdad.

Asimismo, en el tema de salud, en todas esas situaciones lo que hay es una crisis de gestión y la gente, al mismo tiempo, ve las utilidades de las grandes empresas, las cifras macroeconómicas, el precio del cobre y al mismo tiempo lo compara con su propia realidad y dice esto no me cuadra. Esto es lo que tiene a mi juicio molesta a la gente.

Y lo segundo, hay un tema que quiero mencionar respecto de lo que muchas veces señala Adolfo Zaldívar, que es el de la Concentración Económica. Yo creo que ahí hay un punto que tiene razón en lo siguiente: no es que yo esté en contra de las grandes empresas, al contrario, pienso que Chile necesita grandes empresas que compitan en el mundo, pero claro, esto funciona en la medida que la política económica tenga una opción preferencial por la pequeña y mediana empresa. Es decir, el desafío de Chile es tener pequeñas y medianas empresas fuertes, por que son las que dan la gran mayoría del trabajo. Entonces si a las PYMES las dejo caer, o no hago políticas económicas para ellas, claro van a quedar únicamente las grandes y eso está pasando en Chile, eso es malo.

Pero además de esa crisis de gestión, yo siento que hay además una crisis de representatividad, ¿en qué sentido? En que los partidos políticos ya hoy no representan a la gente, en la forma como la representaban antes, ni en la Concertación, ni en la Oposición, y una de las cosas que más salta en esta encuesta del CEP, es que la gente que dice “ninguno”, no me siento identificado con ninguno, sube 7 puntos. Llega casi a la mitad de la población hoy día en Chile y esto no es una crítica a nadie, todos nosotros fuimos dirigentes de partido, Gonzalo presidente del PS, yo fui secretario general de un partido hace algunos años atrás, Adolfo acaba de ser presidente de la DC, Carlos Larráin es presidente de un partido. Aprovecho de agradecerle a Carlos, porque siento que es una persona que se la ha jugado por la unidad de la Alianza, al menos, cuando yo fui candidato presidencial. Me hubiera encantado haber tenido una Alianza unida como la veo hoy día y ese es mérito de los presidentes de los partidos.

Pero, más allá de eso, por eso digo que no quiero personalizar en nadie porque no es así, obviamente hay una crisis de representatividad. Los partidos se han quedado atrás, ha habido además un cambio tecnológico en el mundo. Antes hace "x" años la gente elegía un parlamentario para que lo representara, hoy día no, la gente quiere representarse a sí misma, sabe que a veces cree tener la misma información que el parlamentario, incluso cree que se puede representar a sí mismo mejor que a través de su propio representante. En eso los partidos políticos se han quedado atrás, además están como demasiado metidos en la pelea chica, la gente ve el reparto del gobierno –esto para ti, esto para ti, este servicio público le toca a este partido, este servicio a otro– los actos de corrupción, que personas como Gonzalo han señalado.

Quiero decir también algo, por ejemplo, respecto a Adolfo Zaldívar. Yo la verdad es que no soy colorín pero me he puesto bastante colorín en estos días, en los que he sentido que la verdad es que cuando uno ve que un partido político pasa al tribunal supremo a una persona por haber votado de acuerdo a su conciencia, en un tema además tan trascendente, y que la opinión pública tiene bastante opinión formada. En realidad debió haber sido al revés. Debieron ser pasadas al tribunal supremo las personas que idearon o que implementaron el Transantiago, no Adolfo. Entonces, obviamente son cosas inentendibles para la opinión pública, pero más allá del tema del Transantiago mismo, lo que quiero rescatar en Adolfo Zaldívar es que nosotros tenemos que agradecerle que haya una persona que se haya puesto firme en un tema tan trascendente, en que los parlamentarios tienen que tener la libertad de conciencia para votar de acuerdo a lo que ellos realmente piensan y no pueden someterse, si no están de acuerdo, a órdenes de partido. Yo creo que es una lucha que él está dando y que va más allá del Transantiago, que es muy trascendente y se lo tenemos que agradecer.

Bueno, pienso lo siguiente. Más que una crisis nacional, para mí ésta es una crisis de la clase política y una crisis de la clase dirigente, pero Chile tiene todo para transformar esta crisis de problema

en oportunidad. Yo quiero terminar con tres cosas que a mí me gustaría decir, pensando en el futuro, y en términos más amplios que la política de hoy día. Hay que devolverle al servicio público el sentido profundo, y el sentido profundo del servicio público es *servicio*, eso es lo primero.

Los cargos de gobierno primero son transitorios, segundo son un honor, tercero no son una carrera política, cuarto no son una oportunidad de tener pega. Representan el honor y la oportunidad, estoy hablando de los cargos altos –los ministros, los subsecretarios, los jefes de servicios– no estoy hablando de un funcionario que lleva muchos años allí, estoy hablando de las personas que han sido elegidas por un período de tiempo para tener el honor de servir al país. O sea, hay que rescatar ese sentido profundo de servicio público. La gente ve hoy día una actitud de aferrarse al poder, ganar por ganar. Parte de los problemas que tenemos es por eso, por ejemplo, el Transantiago. Porque bueno, porque tenemos que mostrar los busesitos antes de que sea la elección. O ¿por qué el tren al sur? Porque tenemos que mostrar que el tren va a llegar a Puerto Montt, si el tren no llega a Puerto Montt. Así en el fondo se desvirtúa el sentido de decir “yo estoy aquí para servir” y no “yo estoy aquí porque tengo que ganar como sea, yo estoy aquí porque tengo que seguir en el poder”.

El servicio público requiere también humildad, ¿en qué sentido? De que yo veo la encuesta del CEP, le preguntan a la gente cuáles son los problemas que se tienen que resolver y la gente dice el 50% la delincuencia, segundo la salud, tercero la pobreza. A eso tengo que dedicarme, porque yo fui elegido para eso.

A veces, en los antiguos tiempos cuando estaba metido en la política, me atacaban y decían que yo era cosista. Y yo sostenía esta clásica frase de decir que “hay que resolver los problemas de la gente”, pero en el fondo, aunque puede parecer así una cosa “superficial o light”, la verdad es que tiene un sentido profundo. ¿Cuál es el sentido profundo? Una autoridad elegida, ¿para qué es elegida? Una autoridad es elegida para servir; por lo tanto, una autoridad

tiene que fijarse cuales son los problemas que más le preocupan y más le aporaleman a la gente, sobre todo además cuando lleva tantos años en ésto. Y a eso tiene que dedicarse, o sea, por ejemplo, ¿siento que la Presidenta de la República le dedica hoy en día todo a los problemas número 1 de la delincuencia, salud, pobreza? ¿Siento yo que la presidenta le dedica su tiempo profesionalmente a los problemas? No lo siento así, uno ve que se queda en muchas otras cosas y en muchas peleas chicas.

Entonces, lo primero, *servicio*, lo segundo, *unidad*, y aquí hablo de Unidad Nacional. Yo soy católico y cuando era recién alcalde de Las Condes, estoy hablando de la mitad de la década del 90, Carlos Larraín era concejal. Entonces me acuerdo haberle preguntado a una persona, que a mi me hacía mucha influencia, era un sacerdote extranjero y preguntarle, ¿qué tiene que hacer un político cristiano? O, ¿qué tiene que hacer alguien que se dedica a la política con una visión cristiana? Entonces me acuerdo que me dijo dos cosas: "servir y unir". Eso a mí se me quedó muy grabado, o sea la política tiene que tener una visión de unidad, la guerrilla partidista no puede ser todo. ¿Qué significa ésto? Significa a mi juicio que siempre hay que estar disponible para los grandes acuerdos, siempre y que nunca mi interés político personal ni partidista pueda llegar a encontrar malo algo que es bueno, porque eso sucede mucho en la política chilena, sino, nosotros nos estamos sumando a la crisis que nos dice el profesor Villalobos. Si actuamos de esa manera, o sea nunca torpedear una idea buena porque lo propuso alguien que no es de mi posición política. Eso significa que el gobierno tiene que tener una actitud de diálogo, significa que la oposición siempre tiene que tener una actitud constructiva. Yo recuerdo haber hablado el año 99, en esa campaña presidencial que debería llegar al gobierno "una verdadera selección nacional" o sea, que deberían llegar al gobierno las mejores personas, incluso a veces independiente de su posición política. Todo el mundo dijo esta cuestión es una locura, porque en el fondo si gobierna la Concertación todos tienen que ser de la Concertación y si gobierna la Alianza lo mismo. Yo creo que quien cambie esto en Chile hará historia. Ya no va a ser el mismo mundo

porque el presidente Sarkozy, al cual se refería Roberto Mayorga, nombró Ministro de Relaciones Exteriores a una persona que hasta un día antes era una personalidad socialista, hacía campaña por Segolene Royal. Entonces Sarkozy está captando este sentido de unidad. O Angela Merkel en Alemania, está gobernando en conjunto con las dos coaliciones, es como si estuvieran gobernando en conjunto la Alianza con la Concertación juntas y que se ponen de acuerdo en los temas esenciales, en las grandes reformas que requiere Alemania y las van a hacer. Naturalmente pelearán en otras cosas, pero que no son las cosas tan importantes como puede ser la delincuencia, la pobreza, la salud, la educación y en eso hay bastante acuerdo. ¿Por qué ésto? Yo pienso que va a llegar un momento en Chile que una persona va a hacer eso. Esa persona hará historia, esa persona puede ser o Michelle Bachelet ahora, o Sebastián Piñera después, o el que sea, pero esa persona va a cambiar la historia porque efectivamente se puede hacer.

Y Chile necesita acuerdos, o sea estamos peleando demasiado y ¿por qué necesita acuerdos? Porque tenemos un problema en educación gigantesco que no se va a solucionar sino con acuerdos políticos grandes; porque va a significar pelear con gremios si queremos solucionarla de verdad. Las cifras de pobreza yo no las voy a discutir, estoy feliz de que baje la pobreza en Chile, pero convengamos también en que la forma de medir pobreza en Chile hace que se considere que no es pobre una persona que tiene un ingreso de \$45.000 mensuales. Nosotros sabemos que en realidad es pobre, entonces el problema de la pobreza sigue siendo un problema muy profundo en Chile.

Bueno, y para terminar el tercer punto, primero *servicio*, segundo *unidad*, lo tercero *valores*. Yo leí en la minuta del profesor Villalobos que todos de alguna manera somos cómplices de dejar pasar cosas, o de no asumir suficientemente la dimensión valórica de la política.

A veces yo me hago una autocrítica, la gente piensa que la política es una serie de medidas, algunas más eficientes que otras, cuando en

realidad no es así. La política tiene una dimensión valórica porque uno se para desde donde uno piensa y eso significa una visión de sociedad. Y yo rescato lo que decía Roberto Mayorga al citar un discurso de Sarkozy en su campaña presidencial, en que yo pienso que a todos nosotros nos da una lección. Si alguna vez me toca volver en el futuro a la política contingente, no sé pero si me tocara, va a ser desde una perspectiva valórica, ¿en qué sentido? La defensa de la vida es una cosa que tiene que ser prioridad para un político cristiano siempre. La defensa de la familia, por ejemplo, en Chile un 50% de los hijos nacen fuera del matrimonio, en Estados Unidos sólo un 30% de los hijos nacen fuera del matrimonio. Obviamente ese es un tema que nos tiene que preocupar, porque sabemos que van a haber familias que van a ser más vulnerables que otras, que van a tener más riesgos de caer en la pobreza que otras. El mérito, defender el mérito, donde el cuoteo político es la antítesis del mérito: “yo llego porque el partido me nombró”. Eso se tiene que acabar. Yo tengo que llegar porque realmente soy la persona adecuada para ese cargo. O cuando se envía un proyecto que dice: “El Instituto Nacional no puede seleccionar alumnos, tiene que ser por sorteo”. Pero, ¿cómo va a ser por sorteo? A los niños desde chicos debemos enseñarles que si estudian y les va bien van a llegar al Instituto Nacional. O no sé, y yo también me siento culpable en esto, la forma de solucionar la pobreza no es regalar, regalar, regalar. El asistencialismo, que es un tonel sin fondo, tenemos que enseñarles a las personas más pobres que para salir de la pobreza lo que hay que darles es oportunidades, un empujón, pero van a necesitar poner de su propio esfuerzo, van a tener que poner su propia responsabilidad porque si no, no van a salir.

El orden y respeto, bueno el orden y el respeto –y en eso me siento interpretado 100% por lo que decía Roberto Mayorga respecto a Sarkozy– debe estar en todas partes. Es el respeto de los hijos hacia sus padres, es el respeto de los alumnos hacia sus profesores. Es decir aquí están las víctimas, a ellas las tenemos que defender, y allá están los delincuentes. No están en un mismo plano los derechos de las víctimas y de los delincuentes como de repente se

hace creer. No, aquí están los derechos de las víctimas y acá abajo tienen que estar los derechos de los delincuentes. Yo siento que esa es la perspectiva con que uno tiene que enfrentar el servicio público. Habría mucho más que decir, pero aquí se me pasó la hora. Encantado de estar con ustedes y gracias por invitarme.

Adolfo Zaldívar L.

Senador por la XI Región

Gracias por la invitación a la Universidad Santo Tomás y al Movimiento Humanista Cristiano. Para mí es muy grato estar acá y ver tanta gente, creo que es una muestra que algo importante está pasando, como lo señaló don Sergio Villalobos, que haya tanta gente un sábado en la mañana. Felicito a quienes los han convocado. Creo que esto muestra un escenario que, como muy bien lo dijo Gonzalo Martner, si lo aprovechamos bien, vamos a superar la crisis, el proceso, o en todo caso el problema en que estamos, porque es cierto que estamos en un problema y que no es menor.

Lo otro que yo quisiera decir es que se facilita mucho, por lo menos a mí, hablar después de haber escuchado con mucha atención a Sergio Villalobos y a los otros panelistas. Para facilitar a donde quiero ir, yo quisiera tomar dos cosas que ahí se dijeron sin perjuicio de que todo fue muy enriquecedor, realmente lo digo y lo creo. Uno es la tesis central del historiador, del maestro Villalobos, que creo no es menor. Cuando plantea el proceso histórico chileno, por lo menos cuando comienza a analizar, las partes más conflictivas o más críticas de la crisis de 1810 y llega hasta la del 1924. Yo me voy a referir a la del 73, porque la verdad es que esa es la que nos preocupa y que está en pleno y total desarrollo. Y algo que dijo José

Miguel Izquierdo, que me pareció muy, muy importante: las cosas hay que mirarlas hacia adelante, no sacamos nada con mirar hacia atrás.

La historia ayuda para ubicarse, ayuda para que sepamos donde estamos. Como también el profesor Villalobos lo precisaba, ningún hecho histórico se repite, pero si tenemos que tener en claro, que si queremos hacer algo y recoger la tesis de Ortega y Gasset, que él la hizo suya, relativa a la idea en común que tiene una sociedad. Bueno, esa idea debe ponerse por encima para que todos puedan converger. Si no se hace así, un país o una sociedad no va a avanzar. Chile tiene que dar un paso para adelante si queremos ser o tener un país mejor, tener una sociedad no meramente desarrollada económicamente, queremos tener una sociedad plenamente desarrollada.

Bueno precisado esto, yo creo que tenemos dos problemas bastante importantes que asumir. Que nuestro país, más allá de cualquier cosa, ha experimentado un cambio tremendo. Yo creo que Chile desde Pedro de Valdivia, y espero que no se molesten algunos, hasta hace muy poquito era un país muy hacia adentro, era un país sin movilidad, era un país donde costaba mucho llegar y era imposible salir, y esto hasta hace poco. Bueno, ahora empezó a ocurrir algo muy, muy diferente. Chile es hoy día un país de cambio, que puede hacer conexión con el Asia, con Europa, en fin, está pasando algo importante por las comunicaciones, que no creo se lo pueda atribuir ningún partido, ningún gobierno, nada. No, aquí está pasando algo tremendo en la sociedad chilena y eso también explica la complejidad de los problemas que se nos están viniendo encima, porque antes las cosas eran más chiquititas, ahora no, las cuestiones son más complejas, yo diría que son más intensas.

La segunda cosa es la cantidad de gente, y aquí yo creo que no es menor el problema; o sea la sociedad chilena de los períodos que nos describió muy bien el maestro Villalobos eran muy pequeñas. ¿Cuánta gente participó en 1810? Eran 40 familias o menos, ahí estaba el poder ni más ni menos y se las peleaban entre dos grupos

familiares. Algunos de Concepción y otros de Santiago, era una oligarquía, no diría una oligarquía, la oligarquía vendría después, pero era una aristocracia que tenía mucho sentido de lo que sabía hacer. Era una aristocracia de encomenderos, era una aristocracia que durante toda la colonia hizo lo que quiso y como quiso, y a veces lo hizo en nombre de Dios para embarrarla un poquito más. Nunca quisieron reconocerse a sí mismos, pero ese era Chile. Bueno, ustedes me van a decir que hubo un ascenso claro en 1924 con la llegada de la clase media, pero un poco más no más. Yo creo que lo más importante que hoy día tenemos es que estamos ante un problema, una gran tensión, porque hay mucha gente que quiere participar.

Portales ya es algo de eso. Portales no es sólo “la bestia del poder” como algunos lo muestran, es mucho más. Con Portales ingresan una serie de jóvenes de clase media que con la aristocracia no hubiesen entrado o hubieran sido segundones. Con Portales entran, sino no se explica que además aceptaran a Prieto, a Bulnes, que casualmente no provenían de ese poder tan fuerte. Montt, ¿qué es Montt? Montt es otro ejemplo pues. Respecto de Balmaceda tengo una diferencia con el profesor Sergio Villalobos. Creo que Balmaceda fue más. No fue sólo un romántico, fue un hombre que pensó, que creyó en un Chile donde podían tomarse las riendas y ahí sí fue donde la oligarquía no lo deja. Con él venía un ascenso social en gran medida, que era la clase social incipiente que nos faltó desarrollar. Ahí tuvimos la oportunidad de ser un país desarrollado y la perdimos y la ahogamos en sangre. Esta oligarquía que se dedicó a pasarlo bien. Claro ustedes me dirán que hicieron los ferrocarriles, claro por suerte hicieron los ferrocarriles y quedaron los viaductos, el Malleco y todo, porque ahora ni siquiera con estos trenes españoles no va a quedar nada.

Pero seamos concretos y reconozcamos en plenitud lo que hemos hecho, pero lo más importante es este ascenso de mucha más gente. Entonces, ¿qué es lo que fue la Democracia Cristiana? La Democracia Cristiana fue eso, la DC continúa con lo de los

gobiernos radicales, continúa con el liberalismo, con los liberales. Continúan con esa idea media romántica de Balmaceda que no se pudo plasmar. La DC fue la lucha por integrar a los pobladores, la lucha por integrar a los campesinos, la redención agraria, la transformación económica y esa clase media es el gran aporte que yo creo que hacemos en la política.

¿Qué fue lo que nos pasó? Que se fue incorporando más gente y lamentablemente el 1973 otros quisieron ir más rápido, no sólo por su manera de ser, sino que por una ideología marxista que yo creo no se compadecía con la realidad. No entendieron que había que actuar en democracia y no entendieron estas constantes que explicaba Villalobos y por cierto, no me cabe duda, Gonzalo Martner no comparte la visión histórica de Sergio Villalobos.

Bueno, el 73 viene el descalabro, pero el 73 no es un golpe militar solamente. Yo creo que Pinochet fue insignificante, si por lo demás los que hicieron el golpe fueron otros. Pinochet se sube después al golpe y se sube con una lógica tremenda, porque lo importante era lo que estaba dentro del golpe militar, por lo menos desde mi punto de vista. Lo que vino, en un intento serio fue una contrarrevolución. Se trata de una minoría intelectualmente muy capaz, que había perdido el poder y que intenta volver hacia atrás, lo más atrás posible, porque no nos perdonaron a nosotros haber hecho la reforma agraria y haber promovido la promoción popular. No entendían este Chile mayoritario y quisieron volver hacia atrás, y esa era la concepción integrista que había de los que están detrás del golpe del 73, de los que están detrás de los militares. Si los militares quizás son los menos culpables, son los culpables de todas las brutalidades que se hacen después, que son horrosas y que no comparto ninguna y que luché contra ellas. Pero lo más importante es esa otra cosa que llevaba en el vientre esa contrarrevolución y esa contrarrevolución tuvo una lógica que se traduce en la Constitución de 1980, de tal manera, que es una verdadera “Línea Maginot”. La Constitución de 1980 es una estructura rígida, para mantenerse en el poder y prolongarse en él, y por eso, se crean

todas esas instituciones que no se compadecen con la soberanía popular. Ahora, ¿qué es lo que pasó también? Que dentro de esa misma lógica con que se actúa intelectualmente, científicamente, también –esto hay que reconocerlo– viene el profundo cambio en lo económico. Ahí hay un cambio sustancial con un Chile que venía desde los años 24 en adelante, como explicó don Sergio, que es un Chile que se intentó hacer sobre la base de una economía, algunos dicen media cepaliana, medio con intervención del Estado, viene la apuesta por la libertad económica y viene el modelo de mercado y eso es fundamentalmente lo que provoca el desarrollo. Sí, el desarrollo no lo provoca la Concertación, comienza antes, parte en el Régimen Militar y en eso tenemos que ser honestos. Es decir, el crecimiento económico parte antes, parte con el Régimen Militar.

Pero aquí comienzan los problemas, que se refieren a la cosa institucional, a los senadores designados, al sistema binominal, que todavía se mantiene y que creo es un grave error. Ojalá a mis amigos aquí los convenza alguna vez para modificarlo, porque hay que permitir que Chile real florezca, no este Chile medio acartonado que tenemos, de compartimentos, porque esto no es Chile. Entonces se gesta este desarrollo inmenso y se comienza a producir, el país comienza a crecer en términos que no se lo creen ni ellos mismos, pero apuestan a esa institucionalidad. Incluso apostaron a que iban a ganar el plebiscito, aunque algunos creyeron que el plebiscito lo íbamos a ganar nosotros.

Y el proceso no fue fácil en la Concertación y Gonzalo tiene que acordarse muy bien. Yo personalmente me jugué por actuar dentro del marco legal, le creo el cuento a Sergio Onofre Jarpa, nos embarcamos en eso y fuimos a derrotarlo en el plebiscito. Si yo dije que el plebiscito iba a ser el “Stalingrado” de la dictadura. Pero dentro de nosotros a mí me decían de todo, me decían fascista, cualquier cosa, por estar intentando eso. Pero cambian después del plebiscito que se ganó, fundamentalmente, porque los que habían tenido el poder durante 17 años no se dieron cuenta de lo que habían engendrado y no se dieron cuenta que si se hubieren puesto

el acento en la cosa económica, quizás nos habrían ganado y habría sido muy distinto, pero apostaron por lo institucional.

Ahora ¿qué es lo que pasa con la Concertación? La Concertación asume el poder con realismo, eso hay que entenderlo. Asume el poder en una lógica que había que manejar las cosas para no tener problemas, entonces había que neutralizar toda la cosa autoritaria. Ahí creamos el famoso *Partido Transversal* que hoy día es lo que nos está complicando y mucho, porque ya los partidos comenzaron a diluirse. Surge entonces este monstruo, que es el *Partido Transversal* que está gobernando Chile y que hoy día no tiene control. Por eso lo del Transantiago, por eso lo de Ferrocarriles, por eso la corrupción, por eso todas las cosas que ustedes están pensando y de las que se quedan cortos. Sin embargo, les voy a decir, esta lógica del poder transversal es la que permite afianzar la democracia en los primeros años. Y curiosamente, cuando viene la primera crisis, la crisis asiática, nos asustamos y esta lógica es la que comienza, a mi juicio, a gobernar hasta ahora, y es la que va construyendo la sociedad en los términos y con los problemas que hoy en día tenemos. Ahora, esto nos trajo además aparejado lo siguiente: se fue perdiendo toda la cosa heroica, toda la cosa ética, toda la cosa que realmente hace valer la pena estar en política y jugárselas. Caemos en la lógica del mercado y en la cosa materialista, la cosa consumista, en fin. Además, mucha gente se comienza a tentar de estas situaciones de poder o de privilegio y obviamente esto hace disminuir la calidad de la política, la calidad de como las cosas tienen que ser.

Y nosotros, y se lo voy a decir hidalgamente a Joaquín Lavín, la Concertación, cuando Joaquín Lavín fue candidato el año 1999 estuvimos a punto de perder porque él en ese momento significaba un cambio, una alternativa real. Primero por sus condiciones personales que se las respeto, pero además él logró significar una cosa muy interesante y, para serles franco, el partido que a él lo representaba se nos metió en el mundo social, nos desplazó porque nosotros nos quedamos nada más que en la lógica del poder y al

quedarnos nada más que en una mera administración y perder la cosa épica, ellos se nos metieron en las poblaciones. Y ahí hay una vertiente popular que no podemos sino que reconocerlo. Pero él significó un cambio, y estuvieron a punto de ganarnos y yo creo que si no pasan ciertas cosas, nos habrían ganado y ciertas cosas no muy santas.

Esa es la verdad, y yo he querido hablar claramente, porque yo no me quiero seguir haciendo parte, como dice don Sergio, de algunas cosas..., simplemente llego hasta ahí. Pero curiosamente nosotros, como les decía, empezamos a perder el vigor, empezamos a perder la fuerza y hoy día estamos donde estamos porque se fueron perdiendo los proyectos, las ideas, las razones de ser profundas y hoy día, obviamente, estamos en una situación extraordinariamente compleja, ¿por qué? porque entre otras cosas aquí empezamos a encontrarnos con contradicciones muy profundas. Por ejemplo, el sentido de la responsabilidad, que es básica en una república, donde quienes ejercen el poder son responsables hoy día eso se diluye, ustedes ven que Ministros de Estado no asumen ninguna responsabilidad y eso no puede ser.

Cuando a un parlamentario se le niega el ejercicio de la soberanía, porque la soberanía el pueblo se la delega y tiene que quedar condicionado por la autoridad de un partido y no le permiten votar en conciencia, se destruyen las bases mismas de la democracia.

Yo lo dije el otro día, a lo que me referido recién no es un problema menor, es un problema tremendamente importante, a tal punto que les voy a decir que si no lo defiendo hasta las últimas consecuencias, sumado a otras cosas, va a significar que el país entre a una crisis mucho más profunda que la que algunos quieren reconocer que estamos.

Es fundamental que un parlamentario ejerza en plenitud su derecho y no puede aceptar una orden de partido en algo tan importante como el proyecto de financiamiento del Trasantiago que teníamos por delante. Algunos me pretendieron decir: "concéntrese usted

nada más que en las cosas valóricas", como si la píldora del día después fuera la única cuestión valórica en este país. Es importante, pero seamos claros, por lo menos para mí como socialcristiano, para mí son tremendamente importantes desde la encíclica *Rerum Novarum* para adelante, los derechos sociales, y si alguien me dice que esas no son cuestiones valóricas, bueno, yo no sé que cosa puede ser valórica para alguien que tenga estas ideas.

Entonces se darán cuenta que este problema no es menor, o sea, si esto no se resuelve bien, entonces entramos claramente a una forma de gobierno donde el poder va a quedar en un grupo, ni siquiera en los partidos, va a estar radicado en este partido transversal, unido a los poderes fácticos económicos que son los que están gobernando Chile desde hace diez años a esta parte. Eso personalmente no lo voy a aceptar y me revelo y lo digo con toda la fuerza desde hoy día y hacia adelante.

Ahora, pero no sólo nosotros tenemos problemas, –y no me aplaudan tanto– también los tiene la oposición y los tiene la oposición porque yo creo que de oposición tiene bastante poco. Pero los tiene la oposición porque fíjense que hoy día el candidato de la oposición, o el que aparece hoy día, falta tanto gracias a Dios para la elección, es una persona, nada personal, que es la mejor muestra de la concentración de la riqueza. Entonces, de que alternancia me hablan, Lavín era una alternancia clara. Él tenía una vertiente popular, valórica fuerte que nos creaba grandes problemas, pero el otro candidato, por favor, es profundizar el *Transversalismo Concertacionista*, eso es ese candidato, que no tiene por donde mañana presentarse como una opción frente al *Transversalismo Concertacionista* más los poderes fácticos, él es la suma de eso. Entonces bueno, no tenemos oposición y no tenemos opción seria de oposición, con ese candidato sería más de lo mismo y sería una cosa sin sentido.

¿Qué tenemos que hacer nosotros? Gonzalo ¿qué tenemos que hacer nosotros?

Primero mirar esto sin cortapisas, mirar la cosa amplia, actuar con libertad, decir y votar como uno piensa, porque lo que ha pasado en el parlamento es grotesco. Hacen unos discursos fantásticos y votan de una forma en que nadie los entiende.

Actuar con consecuencia y en profundidad. Y darnos cuenta de que no todas las cosas las hemos hecho bien, que el país ha tenido un gran salto hacia delante, por las razones que hemos señalado, pero que hoy día estamos ante una situación en la que hay que tomar opciones. Que si el país va a seguir siendo gobernado por esta cúpula, el Transversalismo Concertacionista más los poderes fácticos, se los doy firmado, el próximo presidente de Chile se va a elegir en un consorcio de bancos, que por lo demás en este país está formado por 3 ó 4 bancos, 3 cadenas de farmacias, ahí se va a elegir. Entonces lo que tenemos que hacer es de verdad, tener la capacidad para generar una propuesta real que integre a este país en ese proceso, que nos ha señalado el historiador Villalobos. En ese proceso constante de Chile de ascenso, que interprete el mundo que tenemos por delante, el mundo que se nos viene en el futuro para que los jóvenes chilenos mañana tengan algo más por que luchar que ir a competir por una mera exportación de tomates. Eso no vale la pena, deben saber que luchan por algo más grande. Para que los jóvenes puedan construir el mañana y la gente pueda construir un mañana con una sociedad más generosa, más amplia. Y eso se puede hacer en Chile a través de una verdadera economía social de mercado, creando oportunidades a cientos de miles de pequeños empresarios. Ayudándolos para que se puedan levantar, para que puedan tener empresas, para que se puedan desarrollar, para que puedan generar trabajo, para que podamos tener una sociedad más justa y con una mejor distribución del ingreso.

Tener una mejor educación, no seguir con que con \$30.000 se va a poder dar una buena educación. Aquí tendremos que gastar \$100.000 por joven y hacerlo de una vez por todas sin complejos y echarle para adelante. Gastar esta plata que tenemos, gastarla bien y no mantenerla almacenada afuera, como una cuestión que

no tiene sentido.

Pero, para eso hay que tomar claramente una opción y yo creo que en esto aquí tenemos diferencias si miramos las cosas hacia delante. Claro que tenemos diferencias los que estamos juntos o los que aparecemos estando juntos, pero en esto no hay que tener miedo para que se pueda desarrollar y surgir una nueva fuerza política que pueda interpretar esto y que pueda interpretar realmente este anhelo de cambio, este anhelo de superación. Para eso estos foros son muy importantes. Se hace corto el tiempo, pero lo importante es que digamos lo que pensamos y lo que sentimos, muchas gracias.

Carlos Larraín P.

Presidente Partido Renovación Nacional

Buenos días, agradezco la invitación, es un agrado estar acá.

Respecto a la intervención del profesor Villalobos, cuyo análisis suscribo, aunque le encontré una nota un tanto pesimista, yo quiero ser un poco más optimista, porque sino, como comentábamos con Gonzalo al terminar la charla de don Sergio, probablemente nos habríamos tenido que tirar al Mapocho directamente. Por ello, aunque el diagnóstico, repito lo suscribo, me pareció un poquito cargado, pero en fin yo tengo que concordar con don Sergio diciendo que sí, hay una crisis en curso. Lo tengo que decir, efectivamente hay un individualismo desatado en la sociedad muy potente, ese “yo” modulado, “ad livitum”, en todos los tonos habidos y por haber; yo primero, yo segundo, yo tercero, yo cuarto, yo quinto. Y esto desgraciadamente desde la gran empresa hasta el último futbolista de esos que se permiten ciertas cosas.

Fenómeno que no está sólo reservado a las minorías dirigentes, pareciera ser que estamos ante un proceso generalizado, bastante triste. Ahora esto se traduce en que hay una privatización en curso de casi todas las actividades humanas. Eso significa, la otra cara de la medalla, que hay una virtual desaparición del espacio público donde se discutan las cosas importantes. La última encuesta del

CEP habla de muchas cosas y hay cositas muy pasajeras y otras más permanentes. A mi personalmente me preocupa y me asusta, creo que a todos, el que ahí quede demostrado un desinterés formidable por la actividad política, eso es de mal síntoma. Y se supone que hay un encierro en si mismo de una parte muy importante de la población, no son unos pocos.

Ahora, eso es particularmente agudo en el sector que trato de representar, porque en el centro y la derecha hay una dedicación muy, muy intensa, a ciertas cosas nobilísimas (la literatura, la poesía, la religión, la actividad económica, el deporte, la vida de familia). A todos nos gusta llegar a las casas y poner las patitas en la salamandra, ahí donde se puede prender. Pero resulta ser que la vida es mucho más que esa conjunción de factores. La vida tiene una faceta de conexión con los demás que no puede ser olvidada. Los actos individuales tienen consecuencias públicas y eso parece ser de que se está olvidando. Ahora, consecuencia más amplia de esto a mi modo de ver, y aquí es donde concuerdo completamente con don Sergio, es que estamos ante una cierta forma de degradación de la vida social y no sacamos nada con hacernos los tontos, no por nada en Chile la tasa de natalidad está por debajo del nivel de sustentación, no es simple casualidad que la tasa de nupcialidad haya bajado un 50% en 12 años. Hoy día se casan alrededor de 60.000 parejas; hace 10-12 años se casaban alrededor de 95.000 parejas. Eso se explica por la falta de horizontes, falta de fe en el futuro, falta de esperanzas, en fin de cuentas, y ahí creo yo, estamos ante una tremenda falta de objetivos personales y también colectivos, que es donde yo descubro se cristaliza más.

Yo fui profesor *part-time* durante muchos años y fui notando a través de los 19 años que hice clases que se estaban perdiendo los objetivos, había poca claridad, que venía desde las familias y que empezaba a permear en el auditorio. Hay, con excepciones, un verdadero desierto en el campo de la cultura y de la educación. Porque no se está privilegiando una conducta racional, que es legítima para ordenar la vida humana. No se está ordenando una

pauta de vida religiosa, que es otra fuente de la vida ordenada, tan respetable como la primera. Una privilegia la razón y la otra privilegia la verdad revelada, pero la finalidad es muy parecida: la vida ordenada. Yo creo que falta, en definitiva, una propuesta grande para el país completo, una cosa amplia y profunda, pero creo que hay un terreno común –y mucho– y en eso me quisiera detener un poco.

Desde luego, de que nos habla la introducción del profesor Villalobos, ¿de qué nos habla? De una historia limpia, una historia que nos invita, que nos gusta, que nos sentimos orgullosos. Yo creo que hay una gotita de idealización de la historia chilena pero en fin eso es universal, pero es cierto, el énfasis está en que hubo una época dorada, bueno quizás podamos restablecerla, ¿por qué no? Entiendo la cosa del retorno a la época pristina, etc. Pero quedémonos con el enunciado final, “existe orgullo de la Historia de Chile”, sin embargo, hay una especie de “fuga hacia adelante” como dicen los franceses que a mi juicio es muy tonta y que no conduce a ninguna parte.

En segundo término, se puede conspirar con una gran propuesta en contra de la vida colectiva, como el relativismo imperante, y yo oigo a don Gonzalo Martner rechazar frontalmente el relativismo y esto vaya que significa, porque en realidad él es de la vertiente socialista de la política chilena y de la cultura chilena, y el socialismo muchas veces se ha dicho que es relativista y lo es en muchos sentidos que son caros para nosotros, los que venimos de la otra punta de la paleta. Pero el socialismo ha creído muchas cosas muy potentes durante mucho tiempo. Hablemos por un segundo de la justicia, vaya que es un valor potente, entonces digo yo, si se mira al espectro encontramos muchas coincidencias, y hablo de Gonzalo Martner, porque he leído algunas de sus publicaciones y lo he oído ser muy enfático en el rechazo del relativismo. Fíjense que en eso coincide con Benedicto XVI, no lo digo en broma, puede que por ahí te salves... Entonces recapitulo, en el camino andado por el socialismo han tenido relevancia los derechos del hombre, vaya

que es importante, y en eso vamos a coincidir, estoy seguro, el 99% de los asistentes a esta sala.

Ahora Adolfo aquí ha dicho, yendo de nuevo a la idea de encontrar sintonía, que reconoce la vigencia de la Economía Social de Mercado. Él curiosamente apela a una Economía de Mercado de los inicios, la Economía de Mercado que habrían querido los críticos del capitalismo, no te enojas Adolfo, pero esa crítica es la de los neoliberales. La de comienzos del siglo XX, cuando se anunciaba la crisis, e inmediatamente con la crisis de 1929, la concentración, la protección social, en fin, la eliminación de los carteles y de las formas que trababan la competencia. Por lo tanto ahí de nuevo digo avance. Porque la Democracia Cristiana hasta hace 20 años le nombraban la Economía de Mercado y salía a buscar agua bendita, reclutaba exorcistas.

Y digamos como hemos avanzado los de la derecha, aunque nos cueste un poco. Yo fui partidario del gobierno militar y sigo siendo de los que distingue de lo que hizo de malo y lo que hizo de bueno, pero ahora viene el lado malo, cuando leí el informe sobre la tortura, verdaderamente quedé espeluznado, muy doloroso.

Entonces que veo en contra de esta necesidad de crear un ambiente de unidad nacional, de proponer estos objetivos amplios, generosos, que nos incluyeran si es posible a todos los que estamos aquí. Veo que hay un cierto deseo de absolutizar cositas chicas y posiciones parciales. En especial a mi me inquieta el deseo de la Concertación y voy a tratar de no hablar de política a diferencia de don Adolfo, pero comprendo, la situación de Adolfo es distinta. Qué veo yo como cosa muy negativa este deseo ferviente de la Concertación de conservar el poder. Entonces es una verdadera obsesión con la conservación del poder que les impide razonar más allá de 2 años y cinco meses, entonces así estamos fritos porque el país tiene que mirar muchísimo más allá de dos años y cinco meses. Me parece que en el gobierno reside la principal responsabilidad para hacer esa propuesta voladora, expansiva, generosa. Creo yo –y hecho mucho de menos una discusión a fondo, profunda con todos los

elementos que tengamos a mano— de cómo enfrentamos el uso de la riqueza que está acumulando el país con el asunto del precio del cobre ¿Quién está hablando seriamente del asunto? Yo miro las relaciones del ministro Velasco (Hacienda) y el pobre está muerto de miedo, y por qué está muerto de miedo, que no me oiga porque me va a mandar a los padrinos; lo veo congelado, porque lo veo así, porque está perfectamente convencido de que el Estado de Chile es absolutamente incapaz de gastar esos fondos con inteligencia, por lo tanto yo me declaro, a diferencia de otras personas que conozco, muy partidario del señor Velasco porque por lo menos no está tirando la plata.

Es una cosa triste para un país decir hay US\$ 25.000 millones, US\$ 30.000 millones, US\$ 35.000 millones —yo ya perdí la cuenta— y no hallamos qué hacer con ellos. Cómo no vamos a poder usar el zapallo como decía el embajador de Alemania en el combate efectivo de la pobreza, el desarrollo de una economía más potente que nos permita una mayor autonomía. El tema de la energía, ¿vamos a seguir dependiendo de la familia real argentina?, ¿vamos a financiar la innovación?, ¿vamos a ponerles de veras el hombro a la educación como lo señalaba Adolfo? En fin, a mi se me ocurren infinitas ideas y a ustedes se les ocurran 100 más, pero pongamos a funcionar eso que tenemos que es la cabeza para enfrentar a mi juicio, la gran crisis del ahora, ¿cómo aprovechamos una coyuntura particularmente virtuosa?, y ahí hay que hacer volar la imaginación y ponernos a trabajar todos juntos.

Pero la mayor responsabilidad en eso de crear la propuesta amplia que nos una reside en el gobierno, no está en la oposición, aunque a veces hacemos unos esfuerzos, lanzamos unos gabinetes alternativos pero nadie nos cotiza, porque a los periodistas les da la “lata” más profunda, no miro a nadie. Todo lo que no implique puñete y controversia, al periodismo desgraciadamente le parece absolutamente irrelevante, vaya uno a poner una idea sobre la mesa “no moleste mijito” así que ahí hay algo para la prensa, digo.

Los políticos tenemos —yo ya he dicho el gobierno— una

responsabilidad muy grande que es poner esas ideas sobre la mesa, aún cuando la prensa no le de la importancia que deben tener. Se ha citado mucho a Sarkozy. No habría votado por Sarkozy, pero me equivoqué, ¿cuál es el gran chiste de Sarkozy? Que ha dicho lo que piensa en un país que acuñó el concepto ese, aplicado a los políticos que se llama la “lengua de palo” “long de voix” porque el político francés siempre ha sido, con excepción de uno loco que anda por ahí, siempre ha sido tan cuidadoso en su expresión que nunca lograba transmitir nada. Entonces a Sarkozy se le entendió lo que hablaba, crisis don Sergio, crisis auténtica. Bueno, yo creo que nosotros tenemos que causar esa crisis.

Y volviendo un poco al comienzo, Max Weber: convicción versus responsabilidad. Nosotros tenemos que desarrollar la porción de las convicciones. No podemos seguir al tanteo en el cuento de la política, apoyémonos en las convicciones que son más compartidas de lo que se suele creer, muy disimuladas por un debate sesgado, de esas convicciones va a surgir la responsabilidad que nos va a ver a todos funcionar mejor. Este país tiene grandes oportunidades y todas residen en eso que en Inglaterra se llaman “hombres y no medidas”. En inglés hay un juego de palabras, pero en fin, necesitamos mejores personas para llevar adelante esta regia definición de patriotismo de que nos hablaba don Sergio. Poseer la conciencia de una vieja historia que sigue viva. Nuestro país no acaba de nacer, ni se muere al atardecer con el crepúsculo. O sea, tenemos mucho por delante y ahí está la cosa, y quizás don Adolfo sea uno de los encargados de que precisamente se demuestre que esa historia sigue viva.

Pero junto con echarle piropo, le tengo que echar un pelón. Esto, y aquí me meto en la cosa más pequeña que es precisamente lo que digo que no debemos hacer, pero –tú sabes que el hombre está lleno de contradicciones– tú has dicho que si llega Sebastián Piñera al poder se va a cristalizar definitivamente, de manera inamovible, esta entente secreta entre los grandes intereses monopólicos y unos intereses turbios que se instalan en la Concertación. No puedo estar

más en desacuerdo. Creo que Sebastián Piñera encarna una cosa muy distinta a lo que está hoy día imperando en la Concertación. No es raro que la Concertación le esté dando como “bombo en fiesta”. La propia presidenta lo ha querido socavar moralmente en un papel que a mi juicio ella debiera evitar, por algo será.

Es lo que podía decir, me demoré justo los minutos previstos. Gracias por la invitación.

